

# LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 4.<sup>a</sup> — AÑO XI. — TOMO IX.

NÚMERO 2 — Madrid 15 de Enero de 1886.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

## SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por Blas. — *Crónica universal*, por X. — *Carta de Roma*, por D. J. M. — *Los grabados*. — *¡Haz bien...* por D. Carlos Fernández Shaw. — *La emigración*, por D. Vicente Aspa. — *Los fósforos*, su historia y fabricación. — *El castillo de Caracuel*, por el Arzobispo de Valencia. — *La nieve*. — *Bibliografía*. — *Conocimientos útiles*. — *Miscelánea*.

GRABADOS. — *Relicario gótico de la capilla de San Jorge en la Audiencia de Barcelona*. — *La expedición del capitán Parry* internando en los hielos de las regiones árticas. — *Vista general de las ruinas de Pompeya*. — *Vista general de la ciudad de Granada*.

## LA DECENA

**L**a fiesta de los Reyes, como vulgarmente se llama entre nosotros á la fiesta de la Epifanía, cierra el periodo de las festividades de Navidad, tan deseadas por la generalidad de las gentes, y solemnizadas, por la mayoría de los que nos llamamos católicos, con más ruido que devoción, con más halago de los groseros instintos del cuerpo que de las delectaciones espirituales del ánimo y con más amodorramientos de la gula que deliquios de la fe.

Pero no soy yo, humilde revistero, el llamado á reformar costumbres, que no por ser tradicionales dejan de ser merecedoras de censura. Me contento con lamentarlas, y si he tocado esta tecla del desvenecado clavicordio de nuestra sociedad, no ha sido con pretensiones de afinar el instrumento, sino porque me obligaba á ello el desempeño de mi tarea. Era natural que, al recoger para mi revista los asuntos más culminantes de la década, hiciese mención de la festividad con que se inaugura.

No es esto decir que la fiesta de Reyes, bajo su aspecto profano y popular, haya ofrecido este año novedad ó episodios desusados respecto de los años anteriores. Empezó la víspera por la noche, con más ó menos ruido y algarazas que de costumbre, y concluyó á altas horas de la noche siguiente, con más ó menos desórdenes, excesos, pendencias y manifestaciones alcohólicas.

En honor de la verdad, se ha notado que en los dos últimos años ha disminuído algo el número de comparsas que, desde el anochecer del día 5 de Enero hasta el amanecer del día 6, recorren las calles de la que se llama culta capital de España con un aparato tan repugnante, unas formas tan groseras, unas vestimentas tan sórdidas y un estrépito tan salvaje, que impresionan tristemente á los extranjeros que lo ven por primera vez.

Esa costumbre (la pluma se ruboriza al escribir esta palabra aplicada á semejante mojiganga nocturna) de ir á esperar los Reyes, como la llama el vulgo, es un padrón de ignominia para la sociedad que la tolera, una servidumbre

odiosa en los dominios del buen sentido público, un bache en el trayecto de nuestra civilización tan decantada.

Por fortuna, esta algarada ridícula tiende á desaparecer, como digo más arriba, no sé si por el desprecio con que se la mira, relegada como había quedado á las más ínfimas clases sociales, ó por la intervención que indirectamente ha tomado en este asunto la autoridad local, imponiendo una especie de contribución á las llamadas comparsas, obligándolas á obtener permiso previo para recorrer las calles, y eliminando de la *orquestra* las latas de petróleo, instrumento predilecto en esta clase de espectáculos.

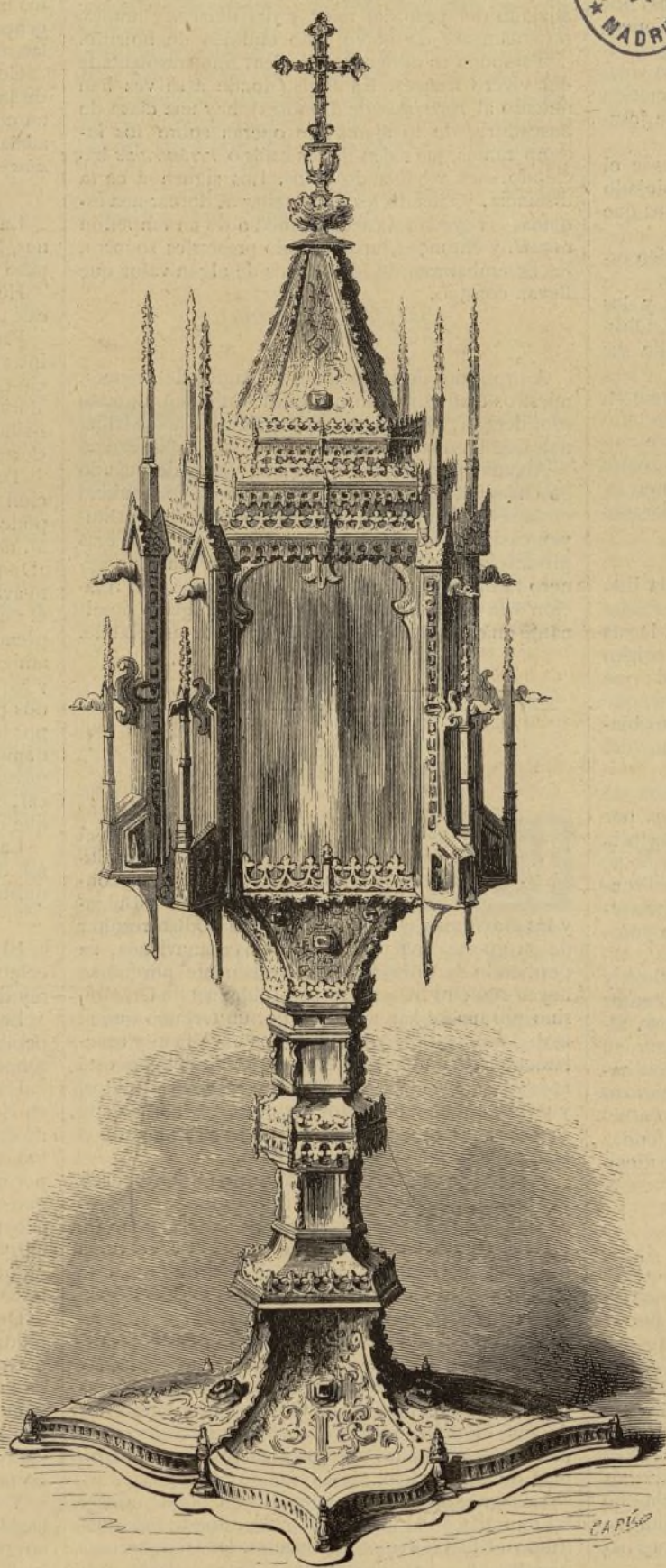
Como no tengo asuntos interesantes de actualidad que ofrecer á los lectores en la presente decena, acudo al desván donde están hacinados los trastos viejos de mis recuerdos, para exhibir alguna empolvada noticia relacionada con la festividad de que acabo de hablar. Pero insisto en lo que ya he dicho con repetición: que no tengo pretensiones de enseñar nada nuevo, ni mucho menos de alardear de erudito (con perdón de ustedes), sino únicamente de entretener el tiempo y llenar un par de cuartillas más, á fin de llegar más pronto al término de mi trabajo.

Todos los católicos han oído hablar de la fiesta de la Epifanía; todos la celebran como manda la Iglesia, y todos saben lo que esa misma Iglesia conmemora en semejante día. Pero hay muchos cristianos (y yo lo sé por experiencia propia) que no aciertan á comprender la relación que existe entre la palabra *Epifanía* y el acto de la Adoración de los Reyes, que es el verdadero carácter con que se presenta á su inteligencia, poco cultivada, esa festividad tan solemne.

Yo oí decir, de niño, á una santa mujer, tratando de ilustrar á sus hijos, con el calendario en la mano: «Día 6 de Enero, Santa EPIFANIA, madre de los tres reyes magos.»

La palabra *Epifanía*, de origen griego (*epiphaneia*), significa aparición, manifestación, y con ella se quiere designar la revelación de la Divinidad de Jesucristo á los gentiles, representados por los tres magos de que habla la Escritura (y que, según San León, fueron tres reyes) venidos de Oriente (de la Arabia Feliz, según Tertuliano; de la Persia, según otros autores) á adorar al Niño Jesús recién nacido, en el portal de Belén.

Este es el verdadero sentido de la palabra *Epifanía*, por más que los maniqueos y los gnósticos quisieron darle otra interpretación sosteniendo que lo que se celebraba bajo tal nombre era el bautismo de Jesucristo, es decir, el día



RELICARIO GÓTICO DE LA CAPILLA DE SAN JORGE en la Audiencia de Barcelona.



en que, al recibir la ablución de las aguas del Jordán, fué reconocido por San Juan como verdadero Hijo de Dios.

En los primeros tiempos, la *Epifanía* y la *Natividad* se celebraban en el mismo día, 6 de Enero, en todo el Oriente, hasta el siglo V, que fué trasladada la segunda al 25 de Diciembre. En Occidente, según puede colegirse de los historiadores, se celebraron siempre con separación ambas festividades.

\*\*

No me ocurre más qué decir acerca de la *Epifanía*, como fiesta religiosa.

En cuanto a la palabra, añadiré que ha servido para dar nombre ó calificativo á muchas celebridades históricas.

En la Mitología, se aplicaba el *Epiphaneas* á todos los dioses, y principalmente á Júpiter. El mismo apodo llevaron varios sucesores de Alejandro el Magno, como Antíoco Epiphaneas.

*San Epifanio*, obispo de Salamina en Chipre, fué un esclarecido doctor de la Iglesia griega, que nació hacia el año 310 y murió en 403.

Otro *Epifanio*, también canonizado por la Iglesia, obispo de Pavía, su ciudad natal, y que falleció el año 497, se distinguió por sus austeras virtudes, por su valiosa influencia en los gravísimos acontecimientos de su época y, sobre todo, por los milagros innumerables de que está sembrada su gloriosa vida.

*Epifanio de Alejandría* fué célebre matemático griego, que floreció en el siglo II, después de Jesucristo.

*Epifanio*, Patriarca de Constantinopla desde el año 520 hasta su muerte ocurrida en 536, ha dejado escritos muy estimables, aunque no todos los que se le han atribuido.

*Epifanio*, llamado el *Escolástico*, fué también escritor eclesiástico en Italia durante el siglo VI.

Historiador, comentarista de los Salmos y los Proverbios y predicador notable fué *Epifanio*, Obispo armenio en el siglo VII, si bien ninguna de sus obras llegó á imprimirse.

Y para no cansar con otros apuntes biográficos, *Epifanio* se llamaba también un filósofo y sectario griego, hijo del heresiarca Carpócrates, y que murió á los diecisiete años de edad, dejando entre sus contemporáneos una admiración que rayó en fanatismo... No puedo resistir al deseo de ampliar esta digresión.

El imberbe filósofo griego con que cierro la lista de los Epifanios célebres, propagó unas doctrinas sociales algo atrevidas para aquellos tiempos. Decía que la propiedad y las leyes son el principal origen de todos los males que afligen á la humanidad; que es preciso restablecer la perfección primitiva, que consiste en la igualdad absoluta; que todos los bienes deben ser de todos; que la ley es la fuente del pecado, etc., etc.

Es bien seguro que, al llegar aquí, muchos de mis lectores se ríen de Blas, suponiendo que, por ignorancia ó por malicia, pretende atribuir la gloria de estas doctrinas sociales á ese Sr. Epifanio, que, cuando más, las ha copiado servilmente de Proudhon, Fourier, Cabet, Saint-Simon y demás reformadores modernos, que se han calentado los sesos para discurrir esas teorías bienhechoras.

Con efecto, no puede negarse que Proudhon y Epifanio coinciden en los principales fundamentos de sus sistemas filosóficos y, por consiguiente, alguno de ellos ha copiado al otro. Ahora bien, el filósofo griego floreció en el siglo II, el filósofo francés en el siglo XIX; yo no sé quién habrá copiado al otro. Lo único que veo claro es, que ó el jovenzuelo Epifanio se adelantó diecisiete siglos á su época de atrasos, ó el sesudo Proudhon se atrasó diecisiete siglos á su época de adelantos.

\*\*

¡Adelantos...! Bien quisiera señalar alguno, entre los acontecimientos de la década que traigo entre manos; pero por más vueltas que la doy, no descubro ninguno.

El ensayo de las granadas contra incendios, repetido estos últimos días en Madrid, marca, efectivamente, un progreso en los procedimientos hasta ahora empleados para sofocar los fuegos, tan frecuentes en esta Corte. Pero, en primer lugar, la invención es extranjera y no tenemos derecho á vanagloriarnos de ella; y en segundo lugar, hay que esperar á que se haga una aplicación seria del matafuegos, porque la experiencia nos ha enseñado que una cosa es hacer simulacros y otra ganar batallas.

De todos modos, y por lo que de los experimentos resulta, no se puede negar que el invento es de utilidad y debe dar resultado en determinadas cir-

cunstancias, y, sobre todo, no exige el empleo de complicados aparatos, ni el concurso de gran número de brazos, ni la pérdida considerable de tiempo en los preparativos para atacar al fuego.

Si el nuevo sistema es eficaz, como sería de desear, y si siéndolo se acepta por el Municipio, y si aceptado se estudia, y si estudiado se aprende, y si aprendido se practica, y si practicado se reconoce de utilidad positiva, ya podremos decir que es un verdadero adelanto.

\*\*

No deja de serlo, bajo otro punto de vista, el que han introducido en su arte los discípulos de Caco para simplificar su arriesgada tarea y asegurarse una impunidad relativa. Se practica un agujero en medio de la acera, ó se elige una boca de riego, con lo cual se tiene adelantado la mitad del trabajo, porque muchas de ellas carecen de cubierta; se ponen de centinela, no lejos de esta trampa, dos *caballeros* ó *señoras* de la orden de tomadores; se espera á que tropiece y caiga el transeunte que acierta á pisar encima; y entonces los solícitos guardianes acuden á auxiliar al paciente, le levantan, le consuelan con palabras cariñosas, le limpian el polvo y le despiden diciendo: «Que usted se alivie.» Y con efecto, ya va aliviado del peso del reloj y del dinero, y limpio, no solamente de polvo, sino también de bolsillo.

Tampoco es indígena esta idea, sino trasplantada del vivero francés. En París (donde á su vez han imitado al *raterismo* de Londres) hay una clase de buscadores de lo ajeno que operan sobre los intemperantes que salen de los cafés ó *restaurants* haciendo eses y hablando solos. Los siguen á corta distancia, y cuando les ven vacilar al doblar una esquina, les ayudan á caer por medio de un empujón *casual*, y entonces, aparentando prestarles socorro, les desembarazan de los objetos de algún valor que llevan consigo.

\*\*

A propósito de imitaciones y plagios del francés, nuestros teatros no han producido tampoco, durante esta decena, cosa digna de ser llevada á los tribunales de la sana crítica.

Alguna que otra pieza original viene de cuando en cuando á establecer una solución de continuidad en la serie de arreglos y traducciones, que constituyen casi toda nuestra literatura dramática; y aun esas producciones, en su mayoría, pertenecen á un género tan bastardo, que sólo es aceptable con relación á la época en que se exhiben y al gusto dominante en el público que las tolera y hasta las aplaude.

BLAS.

## CRÓNICA UNIVERSAL



La cuestión de Oriente, que ha ocupado el primer lugar en las crónicas de los últimos meses, por la gavedad de los acontecimientos ocurridos en Servia y Bulgaria y las gravísimas complicaciones que podían resultar de la guerra civil de los Estados danubianos, va perdiendo su interés, y no ciertamente porque se hayan resuelto los pavorosos problemas de Oriente, sino porque se han aplazado por un término que ni la diplomacia ni la crítica histórica pueden fijar exactamente. Verdad es que la guerra servio-bulgara está apaciguada; pero el peligro asoma por otros puntos, y principalmente por Grecia y por Armenia, donde se ven saltar chispas que pueden de un momento á otro convertirse en voraz incendio.

Los griegos hacen grandes aprestos militares: cada día llegan refuerzos á Volo, importantísimo puerto de la Thesalia. Esta antigua ciudad se compone de dos barrios distintos, el de la antigua ciudad turca orientada al Oeste, y cuyo recinto fortificado está hoy en reparación, recinto que los turcos llaman aún en nuestros días *Golos*; segunda, la ciudad griega que no ha comenzado á prosperar hasta principios de siglo. A dos kilómetros de esta ciudad, y hacia el Norte, se levanta por encima de la llanura conocida con el nombre de Oliviers, un contrafuerte de aquel Pelión, que la fábula ha considerado como una de las montañas que los gigantes amontonaron para escalar el cielo.

Los griegos cuentan además con poder utilizar las murallas de la antigua Pagases, donde fué construido el barco de los argonautas. Estas poderosas murallas, provistas de grandes y fuertes torres, van á terminar en un faro situado cerca de la costa después de haber contorneado la montaña, que por la parte del Oeste, y á una distancia de poco más de

un kilómetro, domina la ciudad moderna de Volo.

Las tropas griegas, que se evalúan en esta parte de territorio helénico en 60.000 hombres, se ocupan en poner á la defensa Trikala y Kardisa, las dos ciudades más importantes de la Thesalia occidental, y lo mismo Vomitza y Larissa, antigua capital del reino de Aquiles, donde Pompeyo se refugió después de su derrota de Pharsalia.

Claro está que esta actitud amenazadora de Grecia obliga á Turquía á adoptar energéticas medidas defensivas, y que al efecto prosigue concentrando tropas sobre la frontera helénica.

Hemos dicho antes que también amenaza estallar el incendio de la guerra por la parte de Armenia. Y así es la verdad. La Sublime Puerta sospecha que Rusia tiene puestos los ojos en esta extensa y rica comarca, y que aprovechará la primera ocasión para aproximarse á su codiciada presa. En el ukase que confirma á los nuevos católicos, se mencionan por vez primera en un documento oficial de Rusia las palabras *nación querida*, referentes á Armenia, y el cónsul ruso en Van ha caído en sospechas en Constantinopla de estar organizando movimientos peticionarios. Un folleto impreso en Rusia ilustra todos los abusos del Gobierno turco en Armenia y aboga por una ocupación rusa. Con objeto de conciliar á los armenios, la Puerta ha empezado á guardar todo género de consideraciones á los Obispos y atender las reclamaciones que vengan de Armenia.

Con estos datos puede venirse en conocimiento de la situación de las cosas en Oriente. Ahora habrá un compás de espera; pero la música seguirá más adelante y el *concierto* europeo extenderá sus *armonías* hasta las orillas del Bósforo.

—

La crisis francesa, después de largas negociaciones, ha terminado por ahora, dando la República un paso más hacia el radicalismo.

He aquí los nombres, la mayor parte oscuros y casi todos rojos, de los nuevos ministros:

Presidencia y Negocios extranjeros, Freycinet; Interior, Sarrien; Hacienda, Sadi-Carnot; Instrucción pública, Goblet; Guerra, general Bolangue; Marina, Aube; Justicia, Demole; Obras públicas, Baihut; Agricultura, Develle; Comercio, Lockroy; Correos y telégrafos, Granet.

Todos los periódicos convienen en que la solución de esta crisis prepara el advenimiento al poder de M. Clemenceau, heredero inevitable de M. de Freycinet, según todas las probabilidades. ¿Dónde llegará la República francesa en su constante avance hacia la izquierda? Recuérdese que cuando el duque de Broglie dejó el poder, Francia se sorprendió, y aun alarmó, al ver á M. Dufaure y á sus amigos al frente del Gobierno. Hoy M. Julio Simón y los continuadores de M. Dufaure, están arrinconados por reaccionarios, y á punto de verse arrollados por lo mismo los antiguos miembros de la unión democrática. El poder está pasando en estos momentos de la unión republicana á la izquierda radical, que se da la mano con la extrema izquierda que dirige M. de Clemenceau.

La revolución, como acaba de declarar León XIII, no descansa y procura seguir el curso de sus conquistas. ¿Cuál será la última?

—

El emperador Guillermo de Alemania acaba de celebrar el 25º aniversario de su coronación como rey de Prusia.

Las fiestas no han sido tan ruidosas como se esperaba, por no abusar de la fortaleza increíble del Emperador.

Uno de los proyectos abandonados, era el de citar en Berlín el día de la celebración del 25º aniversario de la coronación del casi nonagenario Guillermo, á todos sus antiguos compañeros de armas esparcidos por el Imperio. Y antiguos tenían que ser, puesto que la vida militar del viejo emperador empezó el año 1814, en la batalla de Bar-sur-Aube, donde el entonces joven de diecisiete años recibió el bautismo de fuego, siendo recompensado por su conducta con la cruz de hierro.

Desde 1814 hasta 1848, no volvió el hoy emperador de Alemania á desenvainar la espada. En 1848 ó 1849, después de una corta emigración, pasada en Inglaterra, recibió de su hermano, rey de Prusia, el encargo de ponerse al frente de un ejército destinado á inutilizar á los revolucionarios del gran ducado de Baden, donde la revolución había adquirido proporciones aterradoras.

Y otra vez volvió Guillermo á la vida tranquila, hasta que después de heredar el trono de su hermano, surgió la guerra con Dinamarca, en pos de la cual vino la guerra que privó del trono al Napoleón llamado III, y á Francia de dos provincias.

Creyóse que Bismarck, á causa de sus padecimientos físicos, no asistiría á la recepción del 3, pero se



presentó allí para ser abrazado por su soberano a la vista de toda la corte.

De igual honor gozó el ya tampoco mozo general Molke.

No puede negarse que Berlín entero se asoció a la festividad palatina, que fué una verdadera festividad nacional.

Con motivo de estas fiestas, la prensa de Berlín pondera la longevidad de algunos hombres notables de aquella capital, y cita como la más admirable la del historiador y catedrático Leopoldo de Ranke.

La víspera de Navidad del año 1878, Ranke dijo a sus amigos: «Voy a escribir una historia universal.»

Tenía en aquella fecha 84 años, y desde entonces, año por año, la víspera de Navidad se publica un tomo de la Historia universal.

Este año Ranke, en el aniversario de sus 90 años, recibió una carta del Emperador, que le llevó el mismo príncipe imperial; un mensaje de todos los ministros con la firma de Bismarck a la cabeza; comisiones, mensajes y telegramas innumerables, y entre éstos uno de su antiguo discípulo, que firmaba *El rey de Wurtemberg*.

La mayor parte de los historiadores y catedráticos alemanes, cuyos cabellos son ya blancos, se honran con haber sido sus discípulos.

Estos fueron los últimos a quienes recibió Ranke, y como al concluir su arenga el director de los archivos de los Estados, le dijera con viva emoción: «Dios os conserve, maestro,» Ranke respondió: «Permitidme que me siente y que tengamos otra conferencia como en tiempos pasados.» Habló de sus recuerdos, y terminó así: «No es la escuela la que instruye, sino la vida. Yo deseo vivir unos años para concluir mi Historia universal.» Y tiene 91 años.

Los Papas habían llenado a Roma y a Italia de bibliotecas y museos inapreciables, que eran la envidia de todos los países cultos. La revolución que hoy trata de civilizar a Italia y a Roma, se ha propuesto acabar con ese patrimonio del *oscurantismo*.

De la Biblioteca *Casanatense*, antes en poder de los PP. Dominicos, ha desaparecido un Lactancio valuado en 30.000 francos.

Un Cicerón, *De Officiis*, ha desaparecido también de la Biblioteca de Perusa.

De la estimación en que se tiene este último libro, puede juzgarse, sabiendo que el Ayuntamiento ha ofrecido 10.000 francos a quien encuentre al ladrón.

Y esta es la historia de todos los días.

¡Horroriza pensar lo que sería de los tesoros del Vaticano el día en que la revolución metiere allí la mano!

Sigue oscuro el horizonte inglés.

Los despachos de la India anuncian graves acontecimientos por el lado de Birmania.

Añaden que los pequeños Estados que forman el reino de Siam, alarmados con la presencia de los ingleses en Birmania están promoviendo una alianza para coaligarse y acometer a los ingleses hasta conseguir arrojarlos del territorio birmano.

En vista de esto se cree que será necesario el envío de refuerzos al ejército británico de operaciones en Birmania, donde reina gran agitación, particularmente entre las tribus nómadas.

Esto por el NE., que por el SE. el cielo no está más despejado.

La prensa más autorizada de Londres, hablando de la situación de Egipto, dice que no puede menos de reconocerse la necesidad de que el ejército inglés emprenda serias operaciones para poner término a la marcha progresiva de los sudaneses sobre el Alto Egipto.

Para conseguirlo, será preciso organizar una nueva expedición, y sobre todo enviar cuanto antes refuerzos de tropas británicas a las orillas del Nilo.

Si las nubes se condensan, será posible que estalle la tempestad que amenaza sumir en las olas a la ballena británica, dueña hoy de los mares del mundo.

Lo que marcha muy bien en Inglaterra es la regeneración católica. Entre las últimas conversiones de que habla la prensa de Londres, merece especial mención la siguiente:

«Una ceremonia, tan interesante como conmovedora, ha tenido lugar el sábado pasado, 19, en Londres, en la iglesia de San Pedro y de San Eduardo. En dicho día, la señora Bancroft, tan conocida en la sociedad inglesa, y reputada como una de las mejores actrices, abjuró de sus creencias ante el ministro católico Rdo. P. Forster. La neófita dirigía con su marido el teatro de *Haymarket*, y gracias a sus cualidades artísticas, y sobre todo a una reputación sin mancha, unida a sus modales distinguidos, era recibida en la sociedad inglesa.

«La abjuración de la señora Bancroft ha tenido lugar sin el menor aparato a presencia de su marido y de sus hermanos y de algunos invitados. Sólo las gradas del altar estaban adornadas con espléndidos tapices, regalo de la neófita.»

Quiera Dios que el poder de Inglaterra se salve convirtiéndose en beneficio de la verdad católica.

Terminaremos esta crónica traduciendo de la *Ilustración Alemana* los siguientes datos acerca del canal alemán que ha de unir los mares del Norte y Báltico.

«El proyecto ha pasado ya en estos días a la aprobación del Reichstag. Las obras han sido presupuestadas en 156 millones de marcos, de los cuales pagará Prusia 50, y los 150 restantes se los procurará el canciller del Imperio, debidamente autorizado, por medio de un empréstito nacional.

«El largo del canal, en la línea proyectada, será de 98 kilómetros, el ancho de 26 metros, y la profundidad de 8,5 metros.

«Lo que ganará la navegación por este canal, que irá desde Thesuse al Báltico, será 120 millas, siendo casi doble la distancia que hay desde el Elba al dicho mar por las embocaduras del Weser.

«Queda justificada la importancia que le dan los periódicos alemanes, con sólo recordar que con este canal se asegura la navegación entre aquella parte de la costa de los mares que ahora, por razón del gran rodeo por el mar del Norte, no tenía relaciones directas, y asimismo por lo mucho que ganará la navegación de los puertos de Hamburgo y Bremen en lo que toca al comercio con Holanda y Bélgica, como también toda la costa del mar del Norte, gracias a las facilidades de navegación que le dan los puertos del Báltico.»

X.

## CARTA DE ROMA

Roma 10 de Enero de 1886.



ESTAMOS en el quinto día de «la fiesta de las Lenguas» que, como en años anteriores, se celebra en San Andrés della Valle durante la octava de Pascua de Reyes, y es muy propia de la capital del mundo católico, pues concurren a ella, y le imprimen un carácter especialísimo, todos los ritos que la Iglesia admite y consiente en los diferentes países del mundo, y no hay lengua conocida en la que, durante la celebración de esta fiesta, no resuenen las alabanzas al Altísimo. Tengo para mí, que muchos acuden a la iglesia movidos por la curiosidad de ver las varias y aparatosas ceremonias del culto oriental, proporcionándose ocasión de satisfacer tal deseo los diferentes ritos, griego, armenio, maronita, siro y caldaico, en que cada día hay misa de pontifical; también se me figura que a los sermones, predicados todos los días en lengua diferente, asisten muchos por un compromiso que puede llamarse de nacionalidad, pues al español estábamos todos los conacionales; pero así y todo, resulta muy hermoso y expresivo, en este Centro del catolicismo, el pensamiento que ha debido inspirar al venerable Vicente Pallotti la institución de esta «fiesta de las Lenguas,» como viene llamándose desde el año de 1835. Nada más a propósito que ponderar el beneficio excelso de la Fe cuando la Iglesia, después de conmemorados los misterios del Portal de Belén, nos enseña la mística estrella que sacó a los Reyes del Oriente de las tinieblas de la infidelidad. En el año presente, el sermón en lengua alemana quiso tenerle el Sr. Cardenal Melchers, quien por haber sido Arzobispo de Colonia, en cuya catedral se conservan las reliquias de los Santos Reyes, fué muy inspirado y tuvo arranques muy conmovedores. La presencia de aquel Purpurado en la cátedra del Espíritu Santo, hizo también recordar el sermón que, en ocasión parecida, predicó Pío IX el año de 1847. Aun se acuerdan muchos que en un día de la octava de la Epifanía, acudió mucha gente a la iglesia para oír al célebre P. Ventura, a cuyo cargo debía correr el sermón de la tarde: el ilustre teatino se hacía esperar más que de costumbre, pero nadie suponía lo que iba a pasar; de improviso, se oyeron muchos murmullos: las miradas dirigieronse todas a la cátedra sagrada, subió por fin el orador... pero ¡ah! éste vestía sotana blanquísima... ¡Era el Papa mismo, que sin avisarlo previamente quería tener y tuvo el sermón de aquella tarde!

Su augusto sucesor ya no puede hacer otro tanto, aunque le anime el mismo celo para la salvación de las almas y la extensión del reinado de Jesucristo; desde su cárcel viene probándolo a diario, pero no he de omitir de consignar el más reciente testimonio

del interés que toma en el desarrollo de las misiones extranjeras, consistiendo este rasgo de la munificencia pontificia en el hecho de haber mandado realizar todos los objetos preciosos que la piedad de los fieles le ha enviado en los años de su pontificado, y destinando su valor, que asciende a medio millón de francos, a las necesidades de la Propaganda. De esperar es, que el ejemplo nobilísimo del Papa fomenta la generosidad de los fieles y se multipliquen las colectas a favor de esa obra civilizadora, destinada a la propagación de la Fe en los ángulos más apartados del mundo; a fuer de español, tuve, sin embargo, que alegrarme en oír, hace muy pocos días, las noticias que daba un Prelado romano sobre el incremento que va tomando en España la Obra de la Propagación, según muestran las sumas bastante crecidas que ha recaudado la Asociación de Señoras. Pero para tener más datos y detalles habrá que ver los anales de Lyon, y además... ya lo comprendo, no debo ocuparme en cosas de España, sino en las de Roma. Voy, pues, a comunicar dos noticias, que tienen ambas mucho interés para los artistas, aunque una pueda halagarnos, y deba entristecernos la otra. Refiérese ésta al estado ruinoso en que dicen encontrarse una parte del palacio Costaguti; celebradísimas son las pinturas al fresco que se admiran en dicho palacio de la plaza *delle Tartarughe*, atribuyéndose muchas nada menos que a Domeniquino y al Guercino, mientras otras son de Lanfranco y del Albano; ¡lástima grande sería la pérdida de ellas! Los arqueólogos, por lo contrario, pueden alegrarse con la noticia del descubrimiento del sepulcro de Santa Felicità, mártir insigne de los primeros siglos de la Iglesia. En importantes documentos de la Edad media estaba consignado que este sepulcro debía encontrarse en la Vía Salaria, pero no sabíase nada más: ahora, recientes excavaciones practicadas en dicha Vía Salaria, dieron por resultado el hallazgo de una nueva catacumba, ornada con pinturas al fresco, y, lo que más importa, con una inscripción, de la cual se desprende que la mártir allí sepultada es la madre de Marcial y Felipe, y sabido es que estos fueron los nombres de los hijos de Santa Felicità.

Por lo que se refiere al Gobierno italiano instalado en Roma, el hecho que más debe tenerle preocupado, entre los ocurridos en la última decena, es la elección de diputado por el distrito de Pavía recaída en la persona del profesor D. Pedro Sbarbaro, que el año pasado llamó mucho la atención del público por las revelaciones de enormes abusos gubernativos, consignadas en su periódico *Le Forche caudine*; naturalmente, sus revelaciones no fueron del agrado del Gobierno, y particularmente de los tres ministros Depretis, Baccelli y Magliani, a quienes principalmente entregaba al desprecio del público: hubo desafíos y recursos a los tribunales, a cuya consecuencia el profesor Sbarbaro fué procesado y condenado en primera y segunda instancia a siete años y medio de cárcel. Por cierto, en este fallo de los tribunales reconocieron muchos los efectos de la presión del Gobierno; pero he aquí que, mientras estaba en la cárcel esperando ser juzgado definitivamente en tercera instancia, el mismísimo Sr. Sbarbaro ha sido elegido diputado al Parlamento con una muy considerable mayoría de votos. En cumplimiento de lo que manda la ley, el detenido fué puesto en libertad, y el populacho salió a recibirle como a verdadero triunfador, llegando su entusiasmo para con el nuevo diputado hasta el extremo de desenganchar el caballo del coche simón en que iba, y arrastrarle a mano hasta su modesta habitación en el Trastevere. Por si en esta manifestación del pueblo no se veía un carácter de suma hostilidad hacia el Gobierno del Sr. Depretis, tuvo buen cuidado de ponerlo de manifiesto el mismo profesor Sbarbaro en el veheméntísimo discurso que pronunció desde el balcón de su casa, declarando desde luego la imposibilidad de que sigan al frente del Gobierno los hombres políticos, cuyos abusos ha vuelto a confirmar. Los antecedentes de Sbarbaro, hacen creer que no le mueva sólo el amor de la verdad y de la justicia; pero la vehemencia de su carácter y la indignación del herido, nos prometen de antemano que, al reanudarse el día 25 las tareas parlamentarias, el palacio de Montecitorio va a cambiarse en teatro en que se representen escenas escandalosísimas. Entretanto el nuevo diputado ha ido a Savona, su patria, en donde recibe ovaciones diarias, y la rabia del Gobierno sube de punto...; para vengarse quita empleos y amenaza con castigos a todos sus subalternos que manifiesten alguna simpatía para el hombre que desde el calabozo *delle Carceri Nuova* pasa a tomar asiento entre los representantes de la nación.

J. M.



## LOS GRABADOS

RELICARIO GÓTICO DE LA CAPILLA DE SAN JORGE  
EN LA AUDIENCIA DE BARCELONA.

Este precioso monumento de la orfebrería catalana, es obra del siglo XV, y está construido de plata y oro y adornado con las llamadas piedras de Vich, que son amatistas de la cantera de Monseny, cerca de Veladrau. Su traza es octógona, y el estilo, del más puro ojival florido, propio del siglo XV, cuando había llegado á su mayor perfección. Este precioso relicario ó ostensorio es coetáneo de la fundación del edificio en que se conserva, uno de los más bellos y notables que encierra Barcelona, tan rica en monumentos góticos de primer orden.

LA EXPEDICIÓN DEL CAPITÁN PARRY, INVERNANDO  
EN LOS HIELOS DE LAS REGIONES ÁRTICAS.

Entre las numerosas y arriesgadas expediciones hechas á los mares árticos, merecen especial mención las del capitán Parry, que por cuatro veces visitó aquellas regiones, aportando á Inglaterra copioso caudal de noticias geográficas, hasta entonces desconocidas de los sabios. Estos viajes, como todos los dirigidos al polo, estuvieron llenos de episodios y aventuras que parecen inverosímiles. Famoso es entre otros el invierno pasado en la bahía de Gripper, donde la tripulación de este barco, que dió nombre al sitio, tuvo que permanecer largas temporadas sobre inmensos bloques de hielo, « en una muerte lenta, según decía Parry, en una privación total de existencia animada. »

Para no rendirse al frío era preciso ocupar casi todo el día en danzas y saltos, ejercicio tanto más saludable cuanto más continuo y violento. Tres meses estuvieron sin ver el sol, alumbrados por auroras boreales, que son en aquellos climas aun más espléndidas que la luz del sol en nuestros países del Norte. En 30 de Abril comenzó el deshielo, pero hasta el 1.º de Agosto no pudieron regresar á Inglaterra, habiendo perecido en la expedición una tercera parte de los tripulantes.

No obstante estos trabajos, el capitán Parry hizo aún dos nuevas expediciones, y á él se deben los conocimientos más seguros que tenemos acerca de las regiones árticas. El navegante inglés ha tenido numerosos sucesores, y no hay año en que no se intente ó realice alguna nueva aventura, protegida por los Gobiernos de Europa.

Sin embargo, el fruto de estas expediciones es muy escaso, porque en aquellos climas glaciales se ofrecen pocos elementos útiles á la industria humana.

VISTA GENERAL DE LAS RUINAS DE POMPEYA.

Las excavaciones de esta célebre ciudad seguían sin interrupción, y puede decirse que cada día con mayor fruto para la arqueología. Para no fatigar á nuestros lectores con una descripción erudita y árida, por lo tanto, de estas ruinas, vamos á copiar la que en su viaje á Italia publicó nuestro compañero el Sr. Pérez Villamil.

« El aspecto de Pompeya, dice, es muy triste: las calles estrechas y monótonas; las casas destechadas y medio caídas, el color de hoja seca de todos sus monumentos, las columnas rotas, caídas por el suelo; los interiores de los edificios pobres y desmantelados, forman un conjunto de desolación y tristeza, que hace apartar la vista con disgusto de aquella página viva de los castigos del cielo. La ciudad, dedicada á Venus, donde la corrupción de costumbres nada tenía que envidiar á Sodoma y Gomorra, donde los frutos más groseros del paganismo se habían arraigado de tal manera, que la prostitución era una institución pública protegida por las leyes; la ciudad, repito, donde ardía el fuego de todas las sensualidades, sucumbió un día bajo el fuego del Vesubio: el fuego de la iniquidad se apaga con el fuego del infierno.

« Pompeya es la página aterradora y sombría de una sentencia de muerte, patíbulo afrentoso donde expió sus crímenes una ciudad abominable.

« Yo he pasado en mi vida horas inolvidables entre las ruinas de los antiguos monasterios que en nuestra patria destruyó la revolución; he llorado como un niño á la vista de claustros despedazados, donde los antiguos monjes encerraron tesoros de santidad y de ciencia, para enseñanza y consuelo de los hijos del mundo que arribaban á aquellas playas serenas en las tempestades de su vida; he escuchado, con el corazón oprimido por la pena, los quejidos del viento al pasar por entre las grietas del muro desplomado y de la bóveda de la iglesia, caída sobre los sepulcros abiertos, como para cubrir sus venerables despojos; he removido muchas veces los escombros del castillo feudal para buscar en las rotas inscripciones el nombre de los héroes que allí murieron por la religión y por la patria; y sin embargo, yo, tan amante de las ruinas, tan sensible á sus lágrimas y á sus quejas, acabo de pasearme por las grandiosas de Pompeya con el pecho tranquilo, enjutos los ojos y distraído el ánimo, como si este cuadro de desolación no tuviese para mí ningún género de atractivos.

« Consiste esto, sin duda, en que los venerables restos de los monumentos cristianos traen á la mente recuerdos de piedad y de virtud, íntimos afectos del alma penitente, enseñanzas y sufrimientos de los santos y de los mártires, sagrados misterios de Dios y páginas gloriosas de la Iglesia; mientras estas ruinas paganas despiertan memorias tristes de vicios y de crímenes, de injusticias y de abominaciones que nuestro corazón rechaza y maldice. En estas desiertas y desoladas calles de Pompeya he visto ricas casas de opulentos señores con su elegante *prothyrum*; su grandioso *atrium* de mármol blanco con columnas corintias; su *tablinum* donde se guardaban los retratos de los ancianos; su *peristylum*, que como el nombre indica, estaba rodeado de columnas y servía de jardín, adornado de fuentes de már-

mol; su *triclinium* ó comedor de tres lechos; su *oculus* para la vivienda de las mujeres; su *biblioteca* al Oriente, de donde, según Vitruvio, no vienen aires que fomenten la polilla; su *lararium* ó santuario de los dioses domésticos, y sus *termas* de blanco mármol de Luna. Estas casas, moradas de la opulencia, son muy pocas en Pompeya; en cambio la vista contempla por doquiera multitud innumerable de miserables tugurios, estrechos, oscuros, fétidos, donde el *ignobile vulgus* vivía como una manada de cerdos.

« Allí se ven los restos de calles dedicadas al vicio, templos consagrados á la más baja superstición, teatros abiertos á las brutales luchas de los gladiadores, termas sostenidas por la molice y la voluptuosidad de los pompeyanos, y otros monumentos que son el retrato vivo, desnudo, descarado, insolente de la sociedad pagana. Ya sé yo que esto tiene mérito insigne para los arqueólogos; no desconozco que la historia saca mucho provecho de estas ruinas asombrosas, donde estudia la vida, las costumbres y hasta las instituciones de Roma durante el Imperio. Lejos de mí el mirar con malos ojos unos estudios que admiro y aplaudo, porque tengo para mí que cuanto mejor sea conocida la sociedad pagana, más claro se verá el milagro de su conversión al cristianismo. Con lo que yo no transijo es con ese entusiasmo que algunos anticuarios muestran por tales ruinas, entusiasmo que los lleva casi á venerar las rotas aras de los dioses del gentilismo. No alcanzo cómo un cristiano pueda enamorarse así de los restos más ó menos conservados de un templo pagano, ó de los circos y teatros donde la barbarie gentilica inmoló legiones de esclavos, tratándolos como á bestias. Le aseguro á usted, que al visitar las ruinas de un monasterio ó de un castillo de la Edad Media, siento cierto apego como el que producen las paredes del hogar de nuestros padres; en cambio, al visitar estas ruinas de Pompeya, siento cierta repugnancia instintiva, como la que debe causar la tierra extranjera al desterrado que lleva en el corazón la imagen de su patria. Una piedra de un monumento cristiano sobre la mesa de mi despacho es para mí tan cara como un recuerdo de familia; una casa de Pompeya trasladada á mi jardín, sería objeto de lujo en que se complacería mi vanidad. De donde deduzco, acaso con exageración censurable, que la poesía tierna y melancólica de las ruinas no existe en Pompeya.

« Yo no la he sentido al menos, y después de pasear cuatro horas por sus calles y plazas, por sus templos y sus circos, he dejado la ciudad sin esa pena con que el corazón abandona los objetos que por un instante siquiera han agitado sus fibras. »

VISTA GENERAL DE LA CIUDAD DE GRANADA.

Si Covadonga fué la cuna de la Reconquista, Granada fué su trono. El pendón que tremoló Pelayo sobre el Auseva fué colocado por los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, sobre las torres de la Alhambra. Este suceso gloriosísimo tuvo lugar el día 2 de Enero de 1492. Dentro de seis años se celebrará el cuarto centenario. Quiera el Señor que la fiesta sea un acontecimiento nacional.

## ¡HAZ BIEN...!

Con ocasión de las piadosísimas obras del Asilo del Niño Jesús, en Madrid.

Al noble, feliz y rico,  
al que tras lujosos trenes  
guarda más preciados bienes,  
estos renglones dedico;

Y á los que triunfan é ignoran  
la angustia de los que piden  
¡ay! para que no se olviden  
al triunfar de los que lloran.

## I

No goza la humanidad  
perdurable bienandanza;  
hoy no logra la esperanza  
vencer á la tempestad.

Lenta y poderosa crece,  
á toda crueldad incita;  
vela toda acción maldita  
y á toda luz oscurece.

Cubre de sombras al suelo,  
envenena, desfigura  
el contorno en la hermosura,  
la bondad en el consuelo;

Nos empuja al precipicio,  
formas diversas reviste,  
y es desencanto en el triste  
y es en el alegre vicio.

Donde arrebató la fe  
nunca ilusiones dejó,  
y al bueno en sombra anegó  
por las tristezas que ve.

¡Qué terrible desencanto  
llora en nuestras elegías!  
¡Qué tristes son nuestros días,  
nuestras luchas, nuestro llanto!

¡Qué horrible desilusión  
nos hiere! La enfermedad  
que hoy tiene la humanidad  
le ataca en el corazón.

Desfallecida, angustiada,  
sorda al general estruendo,  
siente que no va sintiendo,  
que no va sintiendo nada.

Y ¡ay! de los siniestros días  
de un mundo que desespera!  
Bronca zumbará en la esfera  
voz de nuevo Jeremías;

Se extinguirá toda luz  
de esperanza y de perdón;  
¡no habrá nueva salvación  
en brazos de nueva Cruz!

Tan sólo de austera vida  
de penitente amargura  
puede surgir, fuerte y pura,  
la humanidad redimida.

Sólo remediando el mal  
en su misteriosa fuente  
se pondrá dique al torrente  
de este diluvio social,

Que inundando tierra y cielo  
rompe, aniquila y desploma...  
¡sólo entonces la paloma  
podrá levantar su vuelo!

## II

¿Quién será tan insensato  
que tanto dolor no vea?  
¿Qué buen alma no desea  
freno para el desacato?

Arbol que torcido crece  
cuando es joven, cuando va  
dejando la tierra, está  
buscando quien lo enderece;

Huye del suelo que roza,  
sufrir que se le retuerza;  
si es viejo, la misma fuerza  
que lo cura lo destroza.

Alma vieja y corrompida  
huye de la luz; le ofusca.  
¡Alma nueva, libre, busca  
la luz, la verdad, la vida!

Halle piadoso perdón  
la decaída virtud,  
mas halle la juventud  
redentora salvación.

Inflexibles pecadores,  
conciencias desengañadas  
que zozobráis impulsadas  
entre dudas y temores,

¡No le digáis que el cariño  
y la fe son nombres vanos!  
¡no desenlacéis las manos  
que cruza al rezar el niño!

¡No le vistáis vuestro luto!  
¡no apaguéis la luz que brilla!  
¡no envenenéis la semilla!  
¡envenenaréis el fruto!

¿Es que hay culpa? Vuestra ha sido.  
¡No lográis vuestro anhelo  
cerrar las puertas del cielo  
porque lo tengáis perdido!

Almas nobles, convenidas,  
incansables, penitentes  
¡seguid al mal á sus fuentes!  
¡salvad, salvad tantas vidas!

No con poderosos nombres  
venceréis tanta arrogancia.  
¡Salvad, salvad á la infancia  
y salvaréis á los hombres!!



## III

¡Pobres niños! ¡Cuántos, cuántos  
que desde que nacen luchan  
con los dolores, no escuchan  
sino sollozos y llantos!

¡Y cuántos desde el nacer  
hechos al torpe gozar  
sólo saben caminar  
al vicio, nunca al deber!

¡Siempre la desilusión,  
después el triste lamento...!  
¡Ay, qué poco sentimiento!  
¡Ay, el mal de corazón!

¡Cuántas grandes ilusiones  
no se dañan poco a poco  
con el desengaño loco  
de las grandes maldiciones!

¡Pobres niños! Ved aquellos  
pobres y desamparados,  
¡ay! ¡dos veces desgraciados!  
¡y tan puros! ¡y tan bellos!

Color de aurora sonríe  
en sus caras, son muy rojos  
sus labios, y allá en sus ojos  
la luz del cielo se engríe,

Suspendida en sus pestañas,  
prodigando sus colores,  
¡y ya el hambre y los dolores  
les devoran las entrañas!

¡Y el vicio no los perdona,  
y con frialdad torva y muda  
la miseria los desnuda,  
los mancha, los abandona!!

¡Ay! almas indiferentes,  
inconstante humanidad!  
¡ay! ¡piedad! ¡por Dios! ¡piedad  
para tantos inocentes!

## IV

¡Sí! ¡Piedad! ¡Sí! Brinda el puerto  
asilo contra la insana  
furia del mar. Caravana  
que cruza por el desierto

Encuentra al fin la frescura  
del oasis bendecido.  
Remedio tiene el olvido  
y salvación la amargura.

Y lo tendrá. ¡Lentamente  
va la caridad venciendo,  
va brotando sin estruendo  
como el agua de la fuente!

Madrid, la altiva ciudad  
donde todo vicio impera,  
es también la mensajera  
de la hermosa caridad.

No importa si va despacio  
porque triunfa su cariño.  
¡Ya no llores! ¡pobre niño!  
¡Tienes hogar! ¡Un palacio!

No por su riqueza es tal,  
si es la pompa la riqueza,  
pero allí tu bien empieza  
y allí concluye tu mal.

No soberbias colgaduras  
verás, ni jaspes, ni oro,  
ni resguardado tesoro,  
ni lujosas hermosuras,

Pero hallará tu dolor  
hermosísimo consuelo,  
y adivinarás el cielo...  
di, ¿qué palacio mejor?

Lentamente, lentamente  
va la caridad triunfando,  
poco a poco va brotando  
de las peñas la corriente.

En claro mar de arbol  
poco a poco, palpitante

lanza al espacio brillante  
su rayo primero el sol;

Si hay niebla rompe su velo,  
si es tenue rasga la nube,  
luego sube, sube, sube  
é inunda de luz el cielo.

Así fué la caridad  
construyendo su morada;  
poco a poco, de la nada  
la levantó la piedad.

A gran cimiento asentó  
franca ayuda compasiva,  
pobre limosna furtiva  
firme piedra colocó.

¡Cuánto misterioso ejemplo!  
¡Cuánta fuerza noble y pura!  
Al fin, tras tanta amargura,  
sobre el asilo y el templo,

Purificando á los dos  
alzó sus brazos la Cruz...  
¡allí la besa la luz  
con que la bendice Dios!

## V

En hacer bien no hay exceso,  
no, para el bien no hay medida.  
Hay mucha sombra en la vida,  
mucha tristeza. Por eso

Al noble, feliz y rico,  
al que tras lujosos trenes  
guarda más preciados bienes  
estos renglones dedico.

Y á los que triunfan é ignoran  
la angustia de los que piden  
¡ay! para que no se olviden  
al triunfar de los que lloran!!

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

Agosto, 13.

## LA EMIGRACIÓN

## I



ADRES, carta de Perico.

— Venga.

— ¡Hijo de mi alma!

— A ver lo que dice. Estoy rabiando  
por saberlo. ¡Cómo le tiembla á usted el pulso,  
padre!

— ¿Querrás callarte? Escuchad.

En una humilde habitación de una pobre casita  
situada en un lugar delicioso que baña el Sil, en la  
provincia de Orense, estaban dos humildes ancianos  
labriegos que vivían con su hijo, robusto mozo de  
diecinueve años, que les ayudaba á labrar la corta  
tierra sembrada de maíz en compañía de un buey y  
de una vaca, cuya leche formaba parte principal de  
su alimento y que eran los bienes que constituían  
su fortuna, y que aparte de las muchas cargas que  
sobre ellos pesan, podía decirse que no eran los  
más desheredados de la aldea, puesto que allí había  
otros muchos que contaban menos hacienda que  
ellos. Lo que quiere decir, que en fuerza de mucho  
trabajo, para sostenerse tenían. Verdad es que había  
disminuido la familia, porque el hijo mayor, que se  
casó con una paisana de las mismas márgenes del  
Sil, vivía en el paterno hogar con su mujer, mas  
aunque eran dos más, los padres vivían descansa-  
dos, porque entre ambos hermanos cultivaban su  
heredad con celo y con inteligencia, que los chicos  
no eran por cierto nada tontos, y la mujer del ma-  
yor era capaz de gobernar un palacio, cuanto más la  
pobre casita que les servía de albergue.

Sucedió una vez, que un pobre vecino, viudo, que  
no tenía más amparo que su hijo, el cual le abando-  
nó para marcharse á Buenos-Aires en pos de una  
fortuna que con brillantes colores le pintaron, de los  
muchos emigrantes, los poquitos que volvieron;  
fué loco de contento un día á casa de nuestros per-  
sonajes con una carta en la mano.

— Mi hijo me escribe, mirad la carta y su firma,  
dice que antes de dos años será tan poderoso, que  
levantará aquí mismo un palacio con magníficos jar-  
dines, y convertirá este lugar en un edén.

— Es verdad, eso mismo dice — añadió el hijo  
casado de nuestros pobres labriegos.

Y desde entonces, el muchacho estaba triste y  
taciturno; tanto, que su padre le dijo un día:

— Mucho te impresionó la carta de Lucas.

— Ya lo creo, tanto que estoy dispuesto á irme  
donde está su hijo.

— ¿Cómo! ¿Qué dices?

— Lo que usted oye.

— ¿Serías capaz?

— No que no. Pudiendo hacer mi suerte, ¿voy á  
estar aquí trabajando como un negro?

— Mira, hijo mío, que vale más un pedazo de pan  
de borona seguro en el rincón de tu casa, que opípa-  
ra mesa bailando en el aire ante los ojos del que la  
vislumbra con codicia porque aun no la posee, aunque  
mucho la ambiciona. Dice el refrán que más vale  
pájaro en mano que ciento volando, y así yo lo creo,  
y esto aconsejaré el que es prudente y no se deja  
llevar por toques de tamboril. Ten muy presente,  
hijo mío, que de cada mil gallegos que abandonan  
el lugar de su cuna por marchar detrás de lo que  
tienen en su tierra, vuelve uno, y ése si trae *cuarti-  
ños* viene enfermo, que no pasan en balde los tiem-  
pos de largas privaciones y trabajos, de temores y  
de sustos que tuvo que sufrir antes de reunir esas  
peluconas, y llega aquí para descansar de sus fatigas,  
y al año reposa en el cementerio de su aldea, y otros  
disfrutan de lo que él ganó con tanto ahinco.

Y el padre continuó disertando sobre este tema  
un día y otro día, pero los gallegos y los aragoneses  
tienen puntos de semejanza en el amor á sus pensa-  
mientos, y por más que se les diga no hacen caso  
si una cosa se les mete entre ceja y ceja. El mu-  
chacho se lo dijo á su mujer, y la mujer del mu-  
chacho opinó lo mismo, y desde entonces no para-  
ron hasta que pusieron el plan por obra y no hubo  
más remedio que dejarlos marchar, y se marcharon.

Cerca de dos años llevaban en Buenos-Aires sin  
haber escrito todos los correos, de manera que sus  
padres habían sufrido lo que no es decible hasta la  
deseada hora en que el hijo menor entró en su casa  
corriendo con la carta apetecida. En esta carta les  
decía Perico, que así se llamaba el ausente, que sus  
negocios marchaban bien, que no tenían más ambi-  
ción que poderlos enviar alguna cosa, que esperaba  
que no pasaría mucho tiempo sin volver á besar su  
tierra cuyo santo recuerdo les arrancaba lágrimas.  
Que María, su mujer, les mandaba cariñosas expre-  
siones con su llanto y sus suspiros, participándoles  
que tenían dos niños que alguna vez tendrían el pla-  
cer de conocer á sus abuelos.

— ¿Lo ve usted, padre? — dijo Juan — que así  
se llamaba el portador de la afectuosa epístola que  
hizo humedecer los ojos de aquellos dos pobres  
viejos.

— ¡Cuántos trabajos habrán tenido que pasar y  
tal vez estén pasando! — repuso con amargura el la-  
brador.

— ¡Pobres hijos de mi alma! — añadió la madre  
llorando con desconsuelo.

— Ustedes no se han enterado de la carta por lo  
visto — dijo Juan. — ¿No les dice á ustedes Perico  
que sus negocios marchan bien y que quizá dentro  
de poco les manden á ustedes dinero? Pues no es  
nada. Y que acaso vuelvan pronto á descansar á su  
lado. Y volverán ricos y serán ustedes felices...

— Como lo serías tú también — dijo el padre.

— Yo... es diferente.

— ¿Por qué?

— Porque... porque á mí también me gustaría  
hacer una fortunilla como la de mis hermanos.

— ¡Juan! No trates de amargar doblemente nues-  
tra existencia.

— Antes al contrario, lo que yo quiero es en-  
dulzarla.

— La endulzarás desechando esas ideas.

— Madre, no se apure usted, pero piense que si  
yo voy junto á mis hermanos, más pronto podrán  
venir y yo quedaré en su lugar para hacer en poco  
tiempo mis ahorros.

Y la conversación fué más larga, resultando de  
ella que los padres no se avenían de ningún modo  
con las reflexiones de su hijo, el cual viendo que la  
cosa se agriaba, juzgó prudente callar, acariciando  
*in pectore* el proyecto concebido y que esperaba po-  
ner en práctica en la primera ocasión. Y el rapaz  
era bueno como su hermano mayor, sufrido, valiente  
y de puras creencias religiosas; y como su hermano  
mayor era un arrogante mozo, pero que no sabía  
pensar con la frialdad del maduro criterio las conse-  
cuencias de su descabellado intento, porque á pesar  
de las bellas cualidades que le adornaban era galle-  
go, y muchos de los hijos de esta fértil y hermosa  
comarca española tienen el defecto de ser un poquito  
aferrados á las riquezas del mundo como lo son todos  
á las costumbres de sus mayores. Así que la idea de  
ser rico iba tomando proporciones fabulosas en el  
espíritu de aquel labriego, criado en las doradas  
márgenes del Sil, que en su diáfano cristal copiaba



EXPEDICIONES POLARES



LA EXPEDICIÓN DEL CAPITÁN PARRI INVERNANDO EN LOS HIELOS DE LAS REGIONES ÁRTICAS.

los innumerables y frondosos árboles que adornaban la deliciosa vega, levantándose en lontananza las bellísimas y floridas montañas que á los reflejos del sol parecen de oro, dibujándose en su base bosques primorosos y caminos encantadores, en cuyas sombras se acogen los pájaros y dura tanto el concierto cuanto dura el astro del día.

Al anoecer de uno esplendente de Mayo, Juan miraba con mucha pena el sublime y melancólico cuadro de la postura del sol, á la puerta de una casa no distante de la suya y al lado del tipo más bizarro y precioso de mujer que, muda también y absorta, contemplaba con ojos impregnados de tristeza el mismo maravilloso espectáculo que atraía á su compañero.

— ¡Ay! mi Estrella — exclamó dando un suspiro nuestro gallardo labriego.

— ¡Ay! mi Juan — contestó ella mirándole con cariño, veo que suspiras pero no veo por qué.

— Ya lo sabes.

— Pues desiste de tu empeño y está todo remediado.

— Eso es imposible.

— ¡Ah! ¡Ves lo encantador que es el pueblo en que has nacido, y quieres dejarlo...! ¡Cuán ingrato eres! ¿Hay cosa mejor que esto? Y sin embargo te cansa, te quieres marchar... Entonces yo no te importo nada, no hay duda, cuando intentas alejarte de tus padres y alejarte de mí...

— Por lo mismo que te quiero y que tú eres para mí la vida, por eso ambiciono una posición más desahogada para los dos y para mis pobres padres.

— No seas tonto, Juan; muchos son los que piensan así y se van á lejanas tierras, y allí mueren más pobres y más desgraciados de lo que eran aquí. Qué te importa que hayan vuelto ricos el Sr. Bartolo y el Sr. Casimiro, si eran muy rapaces cuando se marcharon, tendrán cincuenta años y represen-

tan setenta, y están achacosos, y tristes, y además, ¡cuántos se marcharon con ellos y no los has visto volver...!

— Pero es muy diferente mi posición, porque yo voy á casa de un hermano, que conoce aquello y que va viento en popa.

— No te alucines, Juan; Perico tiene mujer y dos hijos, y cuando no te ha llamado...

— No me ha llamado, no me ha llamado — dijo Juan tratando de buscar una excusa, porque...

— Porque no puede — añadió Estrella con risueña melancolía.

— No — repuso Juan vivamente — ha pensado tan sólo en que soy el auxilio de los padres.

— Y que no debes abandonarlos — repuso con más viveza la aldeana; — ¿ves cómo vienes á darme la razón de lo que pienso?

— Sí; pero ten entendido que cuando yo me marche volverá Perico.

— ¿Y no sería mejor que te marcharas cuando ellos estuvieran aquí?

— Yo necesito que mi hermano me relacione con sus muchos conocimientos, y para eso es preciso que no abandone su punto de residencia.

— ¡Ya! Lo que tú quieres es marcharte.

— ¡Estrella!

— Lo que tú quieres es emanciparte y volar.

— Lo que yo quiero es tu porvenir y tu ventura.

— Entonces quédate.

— No puedo.

— Porque no quieres.

— Estoy harto de escasez y de miseria.

— ¡Ay! Quiera Dios que no llegue un día en que con llanto en los ojos y desesperación en el alma echés de menos los pobres recursos que desprecias y que á otros más necesitados les bastarían para vivir.

Una carcajada irónica y seca resonó á pocos pa-

sos de donde estaban los chicos y detrás de los árboles que circundaban la casa.

Juan se levantó y miró por todos lados, pero nada llegó á ver. Estrella tropezó con su madre, que salía de su vivienda y que le dijo con aire de mal genio:

— Ea, chiquilla, basta de palique; á casa, que ya es hora; y tú — añadió dirigiéndose á Juan — andandito á la tuya.

II

Juan volvió á su casa triste y meditabundo y no quiso entrar donde sus padres estaban porque había otra persona de visita con ellos, y se quedó sentado junto al ancho poyo de la puerta. Pasó algún tiempo hasta que al fin percibió la misma carcajada irónica y seca que resonó junto á la vivienda de su novia. Aquella carcajada le hacía daño; salía del fondo de su casa, y levantándose con agitación, se precipitó dentro de ella. Allí estaban sus padres macilentos y pensativos, alumbrados por un velón de cobre antiguo y humilde.

La habitación era pobre y reducida, con dos pequeñas ventanas que daban á la parte posterior de la casa. Grandes manojos de maíz y multitud de patatas cubrían los ángulos de la pieza. Una mesa de pino muy grande arrimada á la pared, sobre la que estaba el velón, unos cuadritos de santos, unas rústicas sillas, tres grandes cajones de madera y encima algunos apeos de labranza constituían el mobiliario y adorno de esta habitación, baja de techo y con algunas grietas en las paredes.

El sujeto que estaba enfrente de los abatidos padres de Juan parecía, por su sonrisa amarga y dura, ostentándose con despreciativo alarde entre unos labios gruesos y desmesuradamente grandes, el emblema de la jactancia y el egoísmo. Sus ojos pe-





VISTA GENERAL DE LAS RUINAS DE POMPEYA.

queños y hundidos, mas de una viveza extraordinaria, su nariz chata, su color amarillo y su frente deprimida con un mal perjeñado y canoso bigote y unas enormes y cenicientas patillas, daban á su aspecto un tinte tan sombrío que, desde luego, no producía quietud ninguna en quien le miraba. Aparte de esto iba muy bien vestido con americana de color, corbata negra, buena camisa, buen chaleco de seda oscuro, donde se ostentaba una magnífica cadena de reloj de oro, y un buen pantalón de satén. Se conocía desde luego que era por sus riquezas el cacique de aquel caserío.

— Conque nada, fuera ese gesto y fuera esa tontería — decía nuestro aldeano de ayer, hoy transformado en señor; — Juan debe marchar á hacer su fortuna y la de todos ustedes, que yo respondo que la hará con mis recomendaciones, y la ocasión la pintan calva y yo se la presento. A ustedes no les faltará nada mientras yo viva, y el viaje yo se lo pago al chico. Si cuando yo emprendí la partida hubiera encontrado este apoyo y esta protección, no sé si me hubiera ahorrado disgustos y trabajos de gran calibre. Pero ¡pobre de mí! Iba con un trapo delante y otro detrás; un palo que llevaba sobre el hombro sosteniendo un gran pañuelo de algodón, que me servía de alforja, y que aun conservo con cuidado, que envolvía mi equipaje, consistente en dos camisas y mi vestido de fiesta, y además, sobre este envoltorio, y en la punta del palo, llevaba sujetos mis zapatos, los únicos que tenía. Me parece que Juan no irá tan pobre como cuando yo me fuí.

— ¡Ay! Don Casimiro, muchas gracias le damos á usted por todo, pero...

— No hay pero que valga.

— No tenemos necesidad de separarnos de nuestro hijo — murmuró la madre.

— ¿Cómo no? ¿Con su egoísmo quieren ustedes echar por tierra el porvenir del muchacho? Si hacen ustedes eso no cuenten conmigo para nada.

— ¡Don Casimiro! Usted como no se ha casado y vive usted solo con su anciana madre, no puede usted apreciar la pena de unos padres al separarse de sus hijos.

— Se comprende.

— No es lo mismo comprenderlo que sentirlo.

— ¡Bah! ¡bah! ¡bah! ¡bah! — exclamó con sorna D. Casimiro — quien á buen árbol se arrima... y quien no se aventura... lo dicho, y ya me voy cansando de tanto suplicar y pedir como si yo tuviera algún interés en lo que no me va ni viene. Sólo deseo la felicidad de ustedes y la felicidad del chico. Yo doy el dinero para que se marche. Conque en qué quedamos, ¿se va ó no se va?

En este instante Juan, que había escuchado toda la conversación, entró en la sala y se arrojó á los pies de sus padres. La llorosa campesina abrazó con entusiasmo á su hijo, sobre cuya cabeza cayó, como un dulce y bienhechor rocío, un manantial de lágrimas puras y santas que compendian el profundo sentimiento de una madre.

Don Casimiro sacó una cajita de plata que contenía un riquísimo y aromático rapé, que saboreó con delicia, y después que asomó á sus labios una sonrisa de triunfo y en sus ojos un reflejo de alegría, dijo con acento gozoso, aunque reposado:

— Así me gusta, Juan, el porvenir es tuyo; no has de sufrir los trabajos ni las fatigas que yo, y me atrevo á pronosticarte que no ha de pasar mucho tiempo sin que vuelvas á esta amada tierra ebrio de gozo y con muchísimas onzas en el bolsillo.

Don Casimiro, muchas gracias, dijo el pobre labriego, — estrechando con efusión la mano del patán de ayer, — hoy convertido en señor.

— Ya me las volverás á dar, Dios mediante, cuando regreses á tu caserío con la mirada victoriosa como el conquistador del Nuevo Mundo.

— ¡Hijo de mi alma! — exclamó aquella rústica madre, elocuente en su dolor como en sus afectos: no te vayas, no te separes de tus pobres padres, que no tienen más afán ni más cuidado que el tuyo. ¿Qué importa no tener oro ni otras comodidades ni otro bienestar, si contamos con salud, con nuestra pobre casita, nuestra vaquía y nuestra terruca, y nuestro cielo hermoso, y nuestro campo risueño que nos da en paz flores y frutos que no sabemos apreciar por lo mismo que con abundancia los tenemos? ¿Dónde hallarás un amor como el que tus padres te profesan? ¿Qué estrella te alumbrará mejor que la estrella que aquí tienes?

— Juan — gritó con mal modo D. Casimiro al ver que el pobre chico bajaba la cabeza sin saber qué

contestar: — eres muy gallina, y no sirves para sobreponerte en estos casos en que es preciso tener gran corazón para dominar la tormenta. Está visto: serás como esos pobres diablos que arrastran una existencia miserable tendidos en un lodazal, pudiendo tener otra existencia mejor y que inspiran sólo una sonrisa sardónica y este dicho de desprecio: quien nació para ochavo...

— No, vive Dios — dijo Juan levantándose y con energía: — no se dirá eso nunca de mí: — vengan las cartas de recomendación, venga el dinero, y mañana mismo parto. . . . .

Al día siguiente por la noche se hallaba á la puerta de su casa el anciano labrador en un humilde asiento con la cabeza apoyada en las manos y los codos sobre las rodillas, llorando silenciosa y amargamente, en tanto que su pobre esposa inclinaba su cabeza sobre el pecho hermoso y puro de Estrella, que con sus ojos levantados al cielo murmuraba una oración, mientras la luna inundaba de luz su rostro húmedo con las lágrimas que escaldaban sus mejillas.

— ¡Ya no está aquí! — murmuró la infeliz madre, mirando á todos lados con suma melancolía: — ¡Dios mío! ¡Tened piedad de nuestros pobres hijos! No nos queda más que llanto, incertidumbre y pesar.

— Os qu edo yo — dijo Estrella con tristeza: — yo que ocuparé su puesto y sabré hacerme digna de vuestro cariño hasta que ellos vuelvan.

Dos sombras se dibujaron á alguna distancia, donde se detuvieron, y fijando la vista con inquietud y afán en nuestro grupo, murmuraba por lo bajo:

— Has vencido: él se fué, y lo demás...

— Lo demás... es cosa mía.

El que esto dijo se frotó las manos como satisfecho y triunfante, y una sonrisa sardónica se dibujó en sus amarillos labios. . . . .

Dos días después, apenas el cartero había traspuerto con su rocín los ámbitos del lugar, se oyó un grito aterrador en casa del Sr. Lucas, que ll evó el espanto á todos los vecinos, los cuales penetraron en la vivienda, siendo de los primeros el padre de Juan. El espectáculo que se presentó ante ellos fué trágico y conmovedor. El Sr. Lucas estaba tendido



en el suelo con todas las señales de una repentina muerte producida por una congestión cerebral. En su mano derecha tenía un papel estrujado, que costó algún trabajo á nuestro viejo labrador desprendarlo de ella. Era una carta firmada por el hijo del Sr. Lucas, el que escribió á su padre que antes de dos años volvería á su tierra, donde levantaría un palacio con todos los esplendores del lujo.

¿Qué decía aquella carta? El padre de Juan la iba á leer á sus convecinos, que esperaban impacientes, cuando la carta se desprendió de sus manos; una palidez mortal cubrió su rostro y cayó en los brazos de sus paisanos, murmurando con angustia estas palabras:

— ¡Hijos míos! ¡hijos míos!

### III

Vamos á llevar á nuestros lectores, salvando las incomodidades de la travesía, con las alas incansables del pensamiento, á la América meridional, á la República Argentina, y buscaremos á Buenos Aires, su capital, donde después de un ligero descanso entraremos en una humilde habitación de uno de los barrios más pobres de la ciudad, en la que se nota gran movimiento, voces, carreras y tiros.

Corría el mes de Febrero de 1880, y el Presidente Avellaneda acababa de decretar el desarme de la milicia nacional, la que estaba dispuesta á resistir antes que dar cumplimiento á la orden del dictador. Las plazas y calles principales estaban cubiertas de cañones, y gran número de hombres se veían por todas partes cargando sus fusiles y llamando á las armas á los compañeros que aun no habían salido de sus casas. El ejército del Presidente tomaba posiciones por otro lado, corrían á escape grupos de caballería, la población tomaba posiciones, ya por un bando, ya por otro, y todo hacía temer la proximidad de una lucha sangrienta.

El cielo estaba encapotado y el frío que se sentía hacía recordar las provincias españolas de Burgos, Soria y Avila, aunque desde luego se me figura que la mayor parte de mis compatriotas, allí emigrados, las recordarían con pena y con placer, sobre todo los amados lugares donde se mecía su cuna, porque el suelo que ahora pisan es muy diferente del suelo de su patria, que en aquél no suelen hallar hospitalidad ni simpatía, y por lo tanto, ni aun humanitaria protección.

Subamos la oscura escalera de la vieja y humilde casa que citamos al principio de este capítulo, y alberguémonos en su miserable estancia, que no es la ocasión propicia para visitar la ciudad ni sus alrededores. Tétrica y reducida es la habitación donde con tan poca crianza nos colamos, por más que estemos persuadidos de que no han de notar nuestra presencia, que estos milagros son muy propios de los que con su péñola por escudo escriben á diestro y siniestro, como nos pasa á nosotros, sin saber lo que se pescan.

En un rincón de aquel lúgubre cuarto está una mujer joven y bella, desmelenada, pálida y llorosa. Tiene en sus brazos una criatura de unos ocho meses, que con los ojos muy abiertos exhala de vez en cuando agudos clamores que en vano la pobre madre trata de calmar, aplicando su pecho exhausto á la boquita del macilento niño. En cambio otro hermoso muchacho, que un querubín parece con su larga y rizada melena rubia, está arrodillado en el suelo y abrazado á las rodillas de su madre, mirándola con suma tristeza y diciéndole de vez en cuando:

— ¡Tengo hambre! Quiero pan.

— ¡Hijos de mi alma y de mi corazón! — exclama desesperada aquella infeliz mujer.

— ¡Pan!

— Ahora vendrá tu padre.

El niño inclinó su cabeza sobre las rodillas de la desgraciada y calló. Ella levantó sus ojos rasgados al cielo y murmuró llorando una plegaria.

En aquel instante un golpe resonó en la puerta.

— ¡Mi padre! — dijo el niño levantándose acelerado.

— ¡Dios mío! ¡Tened piedad de nosotros! — repuso la madre levantándose y corriendo á abrir la puerta.

Un hombre se adelantó hasta el dintel y se detuvo.

— ¡Diablo! — exclamó — no se ve nada.

— ¿A quién busca usted? — preguntó la mujer.

— ¡Esa voz! — murmuró el recién llegado — ¿no vive aquí mi hermano Perico?

— ¡Juan! — gritó con asombro la desdichada dueña del cuarto. ¡Juan! ¿Eres tú? ¿Qué vienes á hacer aquí? ¿Tú sabes lo que has hecho, infeliz? ¿Tú sabes adónde has venido? Entra, entra.

— ¡No es mi padre! — murmuró llorando el chico, — ¡y yo tengo hambre, tengo hambre!

— ¡Tienes hambre! — dijo Juan más blanco que la cera, cogiendo al niño en sus brazos y besándole

después de contemplar su palidez y la pobreza de la habitación. — María, María, ¿qué es esto?

María, por toda respuesta bajó la cabeza prorrumpiendo en nuevo llanto.

— ¿No tenéis que comer? — preguntó su cuñado con profunda tristeza; — y pasándose la mano por la frente y apoyándose en una silla, murmuró con desgarrador abatimiento: — ¡Oh! ¡Qué horrible desencanto!

— Ya lo ves, Juan, no tengo necesidad de decirte nada; si no hay por caridad quien nos dé un pedazo de pan, esta noche morirán mis hijos de hambre.

— No, jamás, mientras yo viva, — dijo con entereza el noble mancebo; — toma, María, ahí tienes treinta duros en oro, corre por todo lo necesario, dispón la comida al punto para cuando venga tu marido y para acallar la aflicción de estas criaturas. Con eso creo que tienes para bastantes días.

— ¡Oh! gracias, Juan, bendito seas.

Y la infeliz mujer desapareció bien pronto con sus niños de aquella lúgubre estancia. Juan se dejó caer sobre la silla donde estuvo sentada María, y apoyando la cabeza sobre las manos, se abismó en tristes y profundos pensamientos. Respetando nosotros su dolorosa actitud, podemos dar un vistazo por toda la casa. Pobre es, pero hay mucha limpieza y esto habla muy alto en favor de los inquilinos. Pocos muebles se ven en la habitación donde estamos. Una cómoda de caoba en muy buen estado, sobre la cual se levanta un tocador con un espejito de la misma madera, cuatro sillas de paja y dos grandes láminas litografiadas sin marco, que representa la una la Coruña con un mar irascible asaltando la torre de Hércules, y la otra la fachada de la catedral de Santiago en la bellísima plaza donde se levanta majestuosa. Esta sala tiene dos alcobas en los dos extremos de la misma. Una es grande y espaciosa y de más luz que la sala, porque tiene una gran ventana que da á un anchuroso patio. En esta alcoba no hay más que un jergón en el suelo y dos almohadas. En la otra, pequeña y de menos luz, no hay nada. Siguiendo un pasillo corto y oscuro, está la cocina, bien ventilada, con dos hermosas ventanas que dan al mismo patio y donde se ve el fogón sin lumbre y sin pucheros y una puerta que conduce á un cuarto útil é indispensable.

Después de media hora de silencio y soledad se oyó abrir la puerta de la escalera y entraron de nuevo María y sus dos niños, devorando el mayor un pan con un apetito febril. María traía dos grandes sacos y además una abultada aceitera sobre el pequeño que llevaba en brazos, que venía muy ocupado en lamer un biberon que le había comprado su pobre madre, la cual volvía cansada pero más tranquila.

— ¡Ah! — exclamó Juan con gozo, — ¡siquiera ha producido un bien mi venida. ¡Bendito sea siempre Dios!

— A ti te debo la vida de mis hijos y la vida mía, Juan, — dijo su cuñada; — tu hermano se encontrará con una buena comida al volver. ¡Pobrecito! ¡Cuánto sufre! Cuando le veas no le conoces. ¡Tiene un alma tan noble! Pero en este país donde la fatalidad nos trajo, no se aprecia la nobleza; se mira al extranjero como un paria, y se le atropella y se le esclaviza. ¡Ay, Juan! Te horrorizará cuando lo sepas todo. Permíteme que haga ante la comida.

Y María entró en la alcoba, puso al niño sobre el jergón, dejando al mayor á su lado, que estaba muy entretenido en mascar su pan, y se dirigió á la cocina, donde pronto encendió lumbre con el carbón que llevaba en uno de los sacos. Juan la ayudó, y en pocos momentos quedó dispuesta la comida esperando con impaciencia á Perico. Preparóse en la cocina una mesa vieja que estaba arrinconada, extendiéndose sobre ella un limpio mantel, sobre el cual se colocaron vasos, platos, una botella de vino y tres cucharas de palo.

— ¡Dios mío! — exclamó María, en cuyos ojos se pintó el espanto; — ¡qué idea más terrible viene á agitar mi cabeza!

— ¡Idea terrible! ¿Cuál es? Habla, María.

— Perico salió á escape con su fusil y cartuchera, llamado por los tambores que tocaban á somatén. El pobre no había tomado nada hacía veinticuatro horas, y lo que tomó fué bien poco, un pedazo de pan y unas patatas cocidas. ¡Si sobre eso le ha tocado una bala...!

— Pero si hubiera combate y tiros se oiría desde aquí.

— Es indudable.

— Y nada se ha oído.

— Es verdad; mas pueden pasar el resto del día y toda la noche sobre las armas esperando el combate.

— ¿Y por qué fué? ¿Qué le importan las reyertas de este pueblo y qué le importa este pueblo?

— ¡Ay, Juan! Si le conocieras no hubieras venido.

Ya te harán también á ti tomar el chafarote, y gracias que no te apalcan ni te maltraten.

— Así lo hicieron apenas entré en él, apenas desembarqué del paquete *Humberto I*, apenas me despedí de mis compañeros de viaje.

— ¿Te maltrataron, Juan?

— Horriblemente.

— No me extraña. Te han recibido como acostumbra. Cuéntame, Juan, ese paso.

En este momento el ruido de un fusil descansando en el suelo se escuchó en la puerta de la escalera.

VICENTE ASPA

(Se concluirá.)

## LOS FÓSFOROS

SU HISTORIA Y FABRICACIÓN



HACIA el año de 1832 á 1835 tuvo su origen la invención de los fósforos, hasta cuya época se habían venido usando, para procurarse fuego y luz, el eslabón, la piedra de encender y la yesca, y la mecha azufrada denominada pajuela, excepción hecha de algunas preparaciones químicas de que nos ocuparemos después.

Un alemán fué, según parece, el primero que ideó el unir el clorato de potasa al fósforo para fabricar las mechas fosfóricas inflamables por su rozamiento con un cuerpo duro, á propósito de lo cual se refiere una curiosa historia sobre la introducción en Francia é Inglaterra de tan útil invento.

Parece que un día llegó á París un viajero con algunos paquetes de fósforos y se dirigió á casa de un farmacéutico, á quien rogó analizase la composición de que estaban hechas las cabecillas de los fósforos, encargo que aceptó el farmacéutico mediante la retribución de 400 francos. En seguida, y una vez conocido el resultado del análisis por el viajero, partió éste para Londres, resuelto á explotar el invento. Pero el químico francés á quien había encargado el análisis no se había quedado inactivo, y había llegado también á hacer los fósforos, muy semejantes á los que para su ensayo le habían confiado, resultando así que bien pronto los fósforos químicos alemanes de París y de Londres se cruzaban y encontraban en todas las especerías y tiendas de tabaco de ambas capitales. Con este motivo, se entabló una encarnizada lucha entre los dos fabricantes, y habiendo experimentado una considerable subida el precio del clorato de potasa, principal elemento de la composición pirogénica, aprovechó esta circunstancia el farmacéutico para expedir á Londres, bajo un nombre supuesto, una porción de barricas de dicho producto, convenientemente falsificado, que puso á la venta á bajo precio. El fabricante inglés cayó en el lazo que el farmacéutico le había tendido, y compró el clorato de potasa impuro, y los fósforos que fabricó con él se resistían á encenderse, con lo cual quedó desacreditada su fabricación, y triunfantes, aunque no por muy nobles medios, los productos del industrial francés. Su triunfo fué, sin embargo, bien efímero, porque no estando protegido el invento por ningún privilegio, su conocimiento se vulgarizó rápidamente y la fabricación de fósforos tomó carta de naturaleza en muchas naciones en brevísimo espacio de tiempo.

Los fósforos en su principio fueron casi exclusivamente de madera; y aun antes de aplicarse el fósforo á la confección de la masa se conocieron ya otras composiciones para procurarse fuego, habiéndose por M. Parkes en 1808 de las briquetas oxigenadas, cuya fabricación adquirió gran desarrollo en Alemania, en donde en 1815 se estableció una fábrica que ocupaba unas 400 personas.

Al principio se preparaban las briquetas impregnando una de las extremidades de pequeños trozos de madera en una mezcla de 30 partes de clorato de potasa, 10 partes de azufre y 8 de licopodio, reducido todo á pasta blanda con una disolución de goma arábica, y coloreada en rojo ó azul, con un poco de bermellón ó de índigo. Sumergiendo las briquetas en ácido sulfúrico concentrado, se determinaba en seguida la inflamación de la mezcla fulminante adherida á la madera y prendía ésta inmediatamente fuego.

En 1831 se estableció en Viena la primera fábrica de mechas de madera oxigenadas (*allumettes* en francés), inventándose entonces una sencillísima máquina que producía hasta 450.000 trocitos de madera por día, habiendo llegado á adquirir esta industria tal importancia, que una sola fábrica de Bohemia entrega al comercio anualmente diez mil millones de barritas de madera, además de dos millones de pequeñas cajas de fósforos ordinarios y 100.000 grandes cajas de fósforos para la exportación. Hacia el año de 1832 se reemplazaron las



briquetas oxigenadas por las mechas de madera, inflamables por fricción sobre un papel enarenado ó cubierto de vidrio pulverizado, siendo la composición inflamable de dichas mechas una mezcla formada de dos partes de sulfuro de antimonio y una parte de clorato de potasa hecha pasta por medio de una disolución de goma.

Después, entre 1832 y 1835, como hemos dicho, se dieron á conocer los fósforos químicos alemanes, cuyo origen hemos indicado en la historietta con que comenzamos este artículo, habiendo sido suprimido más tarde casi por completo el uso del clorato de potasa, que se reemplazó en 1837 por el bióxido de plomo, sustituyéndose también la goma por la cola fuerte, más económica y que atrae menos la humedad.

El fósforo ordinario se ha reemplazado por algunos con el fósforo rojo, que no es tan venenoso ni se inflama tan fácilmente, habiéndose llegado á suprimir después por completo el fósforo rojo ó blanco para hacer unos fósforos completamente inofensivos, cuya composición es como sigue:

Cromato de potasa.....	8
Clorato de potasa.....	28
Oxido de plomo.....	18
Sulfuro rojo de antimonio.....	7
Piedra pómez ó polvo de vidrio...	12
Goma.....	8
Agua.....	36

Expuesta ya á grandes rasgos la historia de las vicisitudes por que ha pasado la fabricación de fósforos, concretaremos ahora nuestras explicaciones para mejor y más fácil conocimiento de nuestros lectores en lo que es la fabricación de las cerillas fosfóricas, que son los fósforos más extendidos hoy, sobre todo en nuestro país.

Lo que principalmente constituye la fabricación de fósforo es: primero, la fabricación de la cerilla; segundo, el corte y colocación de la misma cerilla en los bastidores ó marcos; tercero, preparación de la masa; cuarto, formación de las cabezillas; quinto, secado; y sexto, llenado de las cajas y operaciones consiguientes de confección de las cajas y envase ó paquetería.

La cerilla se forma teniendo arrollados los hilos que han de formarla en un gran tambor, el que gira al rededor de su eje, que se mueve á brazo con zigüñuela ó por medio de un malacate si el motor es animal, ó, en fin, por otro medio mecánico si es de vapor, de gas, etc. Los hilos pasan por unos peines que los mantienen separados, y se empapan, pasando por una hilera, en la mezcla de cera, colofonia y estearina, colocada en una vasija á propósito. Una vez formada, se va arrollando á otros tambores ó carretes más pequeños, los que, cargados de hilo de cerilla, se colocan en los telares en que se cortan las velillas á su tamaño y quedan colocadas en unos bastidores rectangulares.

Colocadas las cerillas en dichos bastidores, se llevan éstos sobre unas losas en que previamente se ha extendido la masa, que se mantiene caliente si es de cola, y fría si es de goma, y se apoyan ligeramente las puntas de todas las cerillas sobre la masa, quedando así formadas las cabezas de todas las contenidas en un bastidor ó marco.

Después pasan los bastidores con las cerillas á los secaderos, que son unas especies de estufas-armarios de hierro y cristal, divididos en compartimentos fáciles de aislar en caso de incendio.

La formación de las cajas es obra que se ejecuta en muchas operaciones, casi todas ejecutadas con guillotinas y por mujeres, lo mismo que la formación de la paquetería.

Hay fábricas que hacen ellas mismas la impresión de los dibujos ó cromos que adornan las cajitas, y otras que las compran hechas.

La confección de la masa requiere un local aislado y una caldera especial; y en toda la fábrica, principalmente en el secadero, debe estar el suelo cubierto de arena, ó tenerla á mano para poder apagar cualquier incendio producido por la inflamación de una caja ú otro accidente.

Para blanquear la cerilla y darle suavidad y brillo, se hace pasar, cuando va del tambor á los carretes, por jaboncillo de sastre pulverizado, de cuya sustancia también se mezcla alguna con la cera ó es-perma y la colofonia.

El mecanismo más notable de la fabricación es el telar para cortar la cerilla y colocarlas en los bastidores; pues además de ser su mecanismo sumamente sencillo, es de gran precisión, presentándose con suma regularidad las puntas de los cabos de hilos de cerilla sobre los barrotes que se van colocando en el bastidor para ser aprisionados por el barrote siguiente, y cortados en seguida al mismo largo por una cuchilla, especie de lanzadera, que pasa de un lado á otro del telar; y tan luego como ha pasado

dicha cuchilla, desciende el tablero la cantidad suficiente para que los hilos se coloquen de nuevo sobre el último barrote para ser comprimido por otro como antes, y cortadas las velillas de la misma manera; y así sucesivamente se logra llenar un marco ó bastidor de velillas, cuyas puntas, destinadas á recibir la masa fosfórica ó cabeza de la cerilla, sobresalen todas en igual cantidad, apareciendo como sembradas sobre el tablero que forma el conjunto del bastidor con los barrotes superpuestos, ó más bien dicho, como uno de esos tableros que sirven en las casas para apuntar las ropas y cuyos agujeros estuvieren todos llenos de clavijas.

La formación de la masa es una de las operaciones más delicadas de la fabricación de cerillas. La disolución de la goma ó la cola se efectúa en una vasija de cobre, calentada al baño-maría; cuando está bien fluida se retira del baño la vasija y se introduce en ella el fósforo, que funde inmediatamente, agitando con una espátula de madera para que el metaloide se reparta de una manera uniforme en toda la masa viscosa; en seguida que está bien repartido el fósforo, se vuelve la vasija al baño-maría, sosteniendo la temperatura á 36 grados centígrados, y se incorporan á la solución fosforada los otros componentes (nitro, bióxido de plomo ó de manganoso, materias colorantes, etc.).

Las mejores recetas de masa fosfórica de Alemania y de Francia que conocemos son las siguientes:

## PRESHEL.

Fósforo.....	9
Nitro.....	14
Bióxido de plomo.....	16
Goma.....	16

## DIESEL.

Fósforo.....	17
Nitro.....	38
Minio.....	24
Cola fuerte.....	21

## BOETTGER.

Fósforo.....	9	Fósforo.....	4
Nitro.....	14	Nitro.....	10
Bióxido de manganoso	16	Minio ú ocre rojo....	3
Goma.....	16	Cola fuerte.....	2
		Esmalte.....	2

## FÁBRICA DE PARÍS.

Fósforo.....	25	Fósforo.....	30
Minio.....	5	Bióxido de plomo....	20
Cola fuerte.....	20	Goma tragacantos....	5
Arena fina.....	20	Arena.....	20
Bermellón.....	1		

Además podemos suministrar á nuestros lectores las siguientes, que también nos han sido recomendadas como de excelentes resultados:

## FÓSFOROS COMUNES.

Cromato de potasa.....	8
Clorato de ídem.....	16
Peróxido de plomo.....	12
Sulfuro rojo de antimonio.....	8
Agua.....	36

## FÓSFOROS AMORFOS.

Peróxido de plomo.....	8
Clorato de potasa.....	15
Flor de azufre.....	9
Tierra de infusorios.....	9
Arena ó polvo de vidrio.....	6
Fósforo amorfo.....	6
Cola.....	8

En Alemania se ha obtenido privilegio de invención por unos fósforos, cuya composición no nos es conocida respecto á las proporciones en que entran en la misma sus componentes, que son: la goma, dextrina, clorato de potasa, hiposulfito de plomo, carbón vegetal, vidrio pulverizado, nitro, azufre y agua.

Por último, hay otros fósforos que no se inflaman mientras no se froten sobre una preparación especial. La masa de la cerilla se compone de:

Clorato de potasa.....	26
Bióxido de plomo.....	25
Bicromato de potasa.....	20
Cianuro de plomo.....	20
Oxisulfuro de antimonio.....	20
Vidrio.....	4

Todo mezclado con una solución de goma, de 5 de goma por 20 de agua.

El frotador especial se prepara con polvo de sulfuro de antimonio, mezclado á una solución caliente de gelatina, que se extiende en la parte de la caja destinada á encender las cerillas.

El coste de los principales artefactos para una fábrica en la menor escala posible, es como sigue:

## Pesetas.

Una máquina para cortar cerillas, con 300 marcos.....	1.512
Una máquina para rayar las fundas.....	85
Un aparato para hacer la cera....	190
8 caballetes con sus tambores para hacer la cerilla.....	200
3 calderas para desleir la estearina y colofonia.....	150
1 ídem para hacer la pasta.....	50

Además se necesitan mesas, losas para extender la masa, en fin, una porción de pequeños útiles que sería demasiado prolijo enumerar.

## CASTILLO DE CARACUEL

## EL ANTICUARIO Y EL CAMPESINO.

**A**NTICUARIO. Todos conocen al anticuario por sus extravagancias. Nadie desconoce al campesino. Sin embargo, dejemos á cada uno el cuidado de pintarse á sí mismo. Lo harán bien ambos, pues lo entienden.

**El Anticuario.** Oiga usted, buen hombre: ¿quién tiene las llaves de aquel castillo ruinoso?

**El Campesino.** ¡Ah! Ese castillo nunca tuvo puerta. En él entra y de él sale á cada hora una turba de chiquillos ó una cuadrilla de gitanos, pues ahí se albergan buenos y malos. En sus cuevas y bajo los arcos mutilados de las escaleras se guarecen los pobres vagabundos, y por defuera suben y bajan mil sabandijas que anidan entre las almenas. En lo interior no se ve más que la señal perpetua de un hogueril donde los pordioseros hacen el rancho ó se calientan los pies.

**El A.** ¿Pero no pudiera usted acompañarme á visitar esas ruinas, cuyo aspecto enamora aún de lejos?

**El C.** ¿Y para qué? ¿No digo á usted que no hay más ni menos que una guarida de gentes desdichadas?

**El A.** Sin embargo, ¿quiere usted acompañarme y traer un azadón?

**El C.** ¿Y quién me paga el jornal esperado con ansia por mis chiquillos?

**El A.** Yo daré á usted doble jornal si trae un azadón para cavar y una espuerta para sacar tierra.

**El C.** Pero mire usted que yo gano dos pesetas, y va siendo tarde para que me reciban en el tajo. Déjeme usted de conversación, pues que no presumo tenga usted ánimo de darme cuatro pesetas según me ofrece.

**El A.** Lo dicho, dicho. Busque usted el azadón y sígame. Por garantía tome usted dos pesetas, y antes de oscurecer recibirá las otras dos.

**El C.** Convenidos, y manos á la obra.

**El A.** Espere usted un momento.

**El C.** Está bien.

**El A.** Ya es hora. Cave usted aquí. Separe usted sin destrozarlo ese montón de cascote, mientras yo lo examino.

**El C.** ¡Pero señor! Si son pedazos de tinajas muy viejas y de cántaros muy feos. Por aquí hay mucho de esas cosas, y también suelen hallarse monedas roñosas. Hará como tres años que vino conmigo un muchacho de mi lugar, y escarbando, escarbando encontró una moneda, y cuando la limpió parecía de plata. La enseñó luego al Señor Cura, y siendo pequeña como de dos reales, se la cambió por un duro.

**El A.** Como tú encuentres una moneda de cobre, yo te daré por ella otra de plata.

**El C.** Pero si me parece que usted no busca monedas, y me parece también que no tiene usted mucho dinero. Además, á quién se le ocurre mirar y remirar los pedazos de cántaro, de tinajas y aun las medias tejas? Debe usted estar como ido.

**El A.** Ahonda, saca la tierra y calla, que yo iré registrando lo que salga.

**El C.** ¡Ya, ya! ¿Conque usted busca un tesoro? Pues ha de saber usted que aquí hubo una mora encantada y tenía mucho dinero; y los domingos de Pascua al salir el sol se aparecía muy maja y con una corona de oro. Mi padre la vió muchas veces, y todavía sale por las mañanitas del día de la Ascensión, cuya ermita está sobre ese pueblecito.

**El A.** Ahonda y calla como te he dicho. Yo iré guardando algunos de estos cascotes, y luego los llevarás á la posada en este mismo talego.

**El C.** ¡Vaya un señor! Debe haber perdido el seso por completo. En fin, cavaremos y sea lo que Dios quiera. Haz lo que tu amo te mande y comerás con él á la mesa. Loco y todo, según parece, me ha dado ya dos pesetas, y como es forastero y



no sabe lo que por aquí pasa, le he engañado diciéndole que el jornal de costumbre es ocho reales.

*El A.* ¿Qué hora es?

*El C.* Voy á ver por dónde va el sol. Mire usted, son las dos de la tarde. Ya han uncido las yuntas los gañanes y es señal que es la hora de vísperas bien hecha.

*El A.* Toma este talego, y vamos á la posada.

*El C.* ¡Pero buen señor! si lo que usted ha metido en el saco no es más que ripio y cascote. A no ser que mientras yo sacaba tierra haya usted topado con alguna moneda.

*El A.* No, hombre, no. Llevo, ó mejor, cargas tú con lo que yo buscaba.

*El C.* Casi, casi presumo ya lo que usted quería. Pues otra vez me contó un peregrino que pasó por aquí, cómo los moros y los romanos y no sé quiénes mas escribían en las tinajas y en las ollas algunas cosas de mucho saber. ¿Ha encontrado usted algún letrado?

*El A.* ¡No, hombre! Pero en alguno de estos cascotes de olla se ve como una señal de cuerpo humano, sea varón ó hembra.

*El C.* ¡Toma! de eso hay mucho por aquí, y con la reja del arado lo estamos sacando á cada instante. En mi casa tengo yo una botija muy rara, y parece una reina lo que se ve en el cuerpo de la vasija. Pero es muy fea la figura, y está como sentada.

*El A.* ¿Me la enseñarás luego?

*El C.* Sí, señor, y se la daré á usted, porque más le ha de gustar una cosa entera que tantos pedazos como ha metido en este dichoso talego, que se va haciendo pesado.

*El A.* Pues bien. Vamos al pueblo.

*El C.* Esta es mi casa y la de usted. Mira, Antonia, saca la botija de los moros y que se la lleve este buen señor, que me trae reventado con un talego de cascote sacado del castillo de la Mora encantada.

*Antonia.* Aquí está. Tómela usted, señor.

*El A.* Son tres, á lo que veo, los hijos que ustedes tienen.

*El C.* No, señor, que son cinco: dos están buscando espárragos y cardillos.

*El A.* Pues tomen ustedes cinco duros para los niños y cinco para ustedes.

*El C.* ¡Qué dicha! ¡Dios se lo pague á usted! Mira, Antonia, yo creo que este señor perdería la cabeza si lo que lleva en el saco fueran onzas de oro, cuando tanto aprecia los pedazos de teja.

*El A.* Hablan ustedes como oyen hablar. Pero tengan entendido que les dejo un tesoro en el castillo, y de él me llevo muestras evidentes. No muy tarde recibirá vuestro Párrico un papel impreso donde se diga lo que encierran las ruinas de aquellos torreones. Allí moraron vuestros mayores, allí concertaron planes de batallas, allí arreglaron sus diferencias y cortaron sus litigios. Desde allí descubrían otros castillos y por medio de banderas y de señales se entendían con la ciudad de Alarcos. Allí están como en las catacumbas de Roma, los sepulcros de sus antepasados. Allí se encuentran vasos, ánforas, medallas y estatuas de los santones que gobernaban casas y haciendas, y de los emperadores reinantes. Ya os dirá el Señor Cura cómo y cuánto vale lo que yo llevo en este saco; y él empieza á traslucir cómo el oro molido de la historia sale del polvo de las ruinas que hablan á las generaciones, y cómo el oro acuñado de los tesoros públicos y de las gavetas privadas se consume en los mercados ó se disipa en el juego.

*El C.* ¿Pero dónde compran, ó dónde se compra con ese oro molido de la historia? Mi mujer, mis hijos y toda mi familia comeremos esta semana con el jornal que usted me ha dado y con los diez duros que me ha valido la botija. Usted, sin embargo, no comprará muchas dehesas con la venta del cascote y de la botija roñosa.

*El A.* Dices bien, y dices una sandez. Dices bien porque en la plaza de tu pueblo no corre el oro molido de la historia, y dices una sandez porque no conoces la estimación de las antigüedades. Pues has de saber que cierto día, delante de ciertos hombres y en cierta ciudad del mundo, había un doctor muy leído y muy redicho que estaba platicando con calor sobre cosas santas, y entre otras decía mirando hacia una ermita donde se venera la Virgen Purísima bajo el título de la Paz: —Es una superstición el culto dado á la Virgen. Ni la Virgen ni los santos fueron venerados en los primitivos tiempos de la Iglesia. —Venía yo cargado como ahora, con el oro molido de la historia, á saber, con cascotes y dibujos, tomados los primeros en un castillo ruinoso de la Provenza, adonde pasé desde Marsella, y sacados los otros de las imágenes que pintaban los cristianos en las prisiones, ó en las catacumbas donde se reunían para orar ó donde enterraban los mártires. No repliqué, ni quise disputar; y sa-

cando un pedazo de barro cocido, fragmento de una vasija, y una muestra del dibujo, dije al doctor: «Usted conoce la historia de las artes y está versado en estudios arqueológicos. ¿no es verdad? ¿Pues qué le parecen á usted estas imágenes cuya época viene estampada en el barro y expresa en lo tosco del dibujo?» Y quedándose como en suspenso me dijo: «¿Quiere usted dos mil reales por esa demostración cristiana? — ¡Cómo! repuse, ¡Si no es un libro, si no habla, si nada dice! — ¡Ah! replicó. Habla tanto, tan bien y con tal elocuencia, que ahora digo y predicaré siempre que en esa ermita se venera á María, Madre de Dios, como fué venerada por los Apóstoles y por los cristianos de los primeros tiempos de la Iglesia, y que en todo el orbe se invoca á los santos como lo invocaron los cristianos primitivos; y en la Provenza Lázaro y la Magdalena, como en Castilla, en Valencia, en Aragón, en Asturias y en Andalucía se encuentran vestigios y se da culto á las reliquias de los santos, entre los cuales unos sellaron con su sangre el testimonio dado á la fe, otros resplandecieron en méritos y en virtudes, otros honraron con la penitencia el valor de las conversiones.

*El C.* Pero, señor, ¿y la botija, cuánto valdrá? Tal vez me haya usted engañado! Pero no, porque estaba vacía y es muy fea.

*El A.* ¡No, hombre, no! No te he engañado. Te he dado plata por barro y haré célebre en la historia ese castillo, esas ruinas y esa cordillera de torreones. Después de mí, y guiados de mi relato, vendrán mil compradores de botijas, como la que fué tuya, y desde ahora la llamarás conmigo el oro molido de la historia. Con él no se compra más que la verdad, que es de muy subido precio: ella es el título nobiliario de la ascendencia humana y el lote de la posteridad. Y mira, cuando dicen por ahí que las cosas de religión no valen para nada y que son invenciones de los curas, entonces dan muestras de que no saben lo que dicen. La historia de la religión tiene sus monedas y medallas, sus baptisterios y sepulcros, sus monumentos y mil recuerdos gloriosos, al modo que la historia profana tiene sus inscripciones y monumentos, todo ello en relación y consonancia con la suerte de los Imperios y con las vicisitudes de los tiempos. Y atiende, quien tales cosas dice, no dudes que ignora el género humano.

EL ARZOBISPO DE VALENCIA.

## LA NIEVE

SUS PROPIEDADES FÍSICAS Y SU USO EN MEDICINA.



La nieve muy fría al tacto, aunque ofrece un fenómeno muy singular. Léese en las *Memorias de la Academia de las Ciencias*, que se hicieron varios experimentos á fin de probar, como aseguraban muchos viajeros, si era cierto que el construir cabañas de hielo fuese un poderoso medio para preservarse del frío más intenso. El resultado fué que hace menos frío debajo de la nieve, y que cuanto mayor es el espesor de ésta tanto mas la temperatura se mantiene á un grado superior á cero. El instinto de ciertos animales, tales como las perdices, que se agachan debajo de la nieve para guardarse del frío, es una prueba en favor del hecho que señalan los viajeros, y de los experimentos sobre el mismo ensayados.

Sin embargo, se ofrecen muchos inconvenientes á los pueblos cuyo país se halla siempre cubierto de nieve, y cuya vista se encuentra expuesta de continuo á la reverberación de su blancura: los anales científicos están llenos de observaciones relativas á varios sujetos que han cegado en pocos minutos, ya viajando en medio de la nieve, como los soldados del ejército de Ciro, ya fijando la vista por más ó menos tiempo en una tierra uniformemente cubierta de nieve. A esta misma causa es debida la ceguera que desde la edad de veinte años ataca á los naturales de Laponia, Groenlandia y otros países glaciales del Norte.

En cuanto á fenómenos físicos, nadie ignora el influjo directo que la circunvalación de altos montes cubiertos en sus cimas de perpetua nieve ejerce en la constitución atmosférica de ciertos países. Enfríase la atmósfera á un grado más ó menos intenso; por cuyo motivo la topografía de ciertas comarcas tiene tal influencia sobre los vientos que en ellas dominan, que los hace mas fríos ó calientes de lo que son por su propia naturaleza. Por la misma razón el excesivo calor que reina en el Perú se halla moderado por las nieves que cubren las cordilleras.

En cuanto á los usos farmacéuticos y químicos, hase empleado la nieve en ciertos experimentos, tales como la congelación del mercurio, del espíritu

de vino, etc. Los ensayos de Mr. Fourcay y Vauquelin prueban que seis partes de nieve no comprimida y ocho de muriato de cal producen de repente un frío muy intenso, estando el aire á trece grados seis décimos del termómetro de Reaumur, ó á diecisiete del termómetro centígrado. El frío producido por esta mezcla es tan vivo, que se han congelado veinte libras de mercurio en trece segundos, y el espíritu de vino, el éter, y el ácido acético radical han tenido igual resultado. El pulpejo de un dedo sumergido en el líquido perdió en cuatro segundos toda sensibilidad, se volvió blanco como el papel, sufriendo un dolor agudo cual si hubiese sido presa de unas tenazas, y sólo pudo recobrar el calor natural metiéndolo en la boca por mucho tiempo.

Muchas veces se ha suscitado la cuestión sobre si el agua de nieve bebida habitualmente era capaz de producir esas paperas que son endémicas en las comarcas cercanas á los Alpes, en el Tirol y en Valais, que forman parte de la Suiza. Esta opinión arraigada entre los habitantes de dichos países puede contradecirse con la observación hecha en los pueblos de la Noruega, donde hay muchos que no conocen otra bebida que el agua de nieve, sin resultarles incomodidad ninguna. Acaso el modo de vivir de los habitantes, una particular disposición, y la calidad de aire que respiran contribuyen más que otra cosa á la producción endémica de dicha enfermedad. Hase supuesto que depende de que las aguas de nieve pasando por diferentes terrenos disuelven partes heterogéneas de cualidades dañinas, añaden á las antecedentes causas que hemos señalado ciertos efectos que no sienten otros pueblos, en razón de la diferencia del clima, de la posición de lugares y distintas cualidades de las aguas níveas.

Usase exteriormente la nieve en caso de congelación. Generalmente en los países fríos, y más que todos en Rusia, donde tales casos son muy frecuentes, para reproducir por grados el calor de los miembros se tiene la precaución de aplicarles fricciones de nieve. Sólo se expone á los individuos á una temperatura más suave cuando las partes han adquirido ya un grado de calor en que no sean ya temibles: graves y repentinos accidentes, tales como el esfacelo de los órganos congelados, determinado por la acción sedante del frío, que con mayor ó menor rapidez destruye la sensibilidad y la vida.

En todas partes el pueblo tiene por costumbre frotarse con nieve las partes amenazadas de congelación; y muchos autores aconsejan el mismo medio, del que en general parece que han sacado grandes ventajas.

Varias obras demuestran que la aplicación de la nieve sobre los riñones, y el uso del agua de nieve han vuelto á un enfermo su salud acostumbrada.

Semejantes experiencias, que al parecer ofrecen mucha contradicción con respecto á la naturaleza de la enfermedad, son muy dignas de llamar la atención de los facultativos. En el *Diario de Física y de Historia Natural* se halla consignada una observación del doctor Meunier relativa á la aplicación de la nieve sobre los riñones en caso de ciertas supresiones. «La ciudad de Siracusa, dice este sabio, es la única donde los médicos consideran la supresión loquial que desarrolla la fiebre ardiente, como enfermedad de poca monta: acostumbrados á un éxito constantemente feliz, desprecian todos nuestros remedios por el uso de un método simple, invariable, cómodo y de tal manera infalible, que la historia médica de esa ciudad no presenta un solo ejemplo desgraciado de la aplicación de la nieve, medio que por esto sólo debe ser prescrito por todo facultativo ilustrado.

Bartholin, igualmente nos ha dejado varias observaciones, que confirman que la nieve oportunamente empleada en caso de calentura inflamatoria ha obtenido los más felices resultados. Según refiere Francisco Paulini, un enfermo atacado de una fiebre muy violenta, contra la que habíanse frustrado todos los demás remedios, fué curada despues de haber tomado interiormente la nieve y frotádose con ella pies y manos por un determinado espacio de tiempo.

¿Quién no reprendería la imprudencia del enfermo y del médico que en el más alto grado de calor del cuerpo aplicase ó ordenase aplicar nieve para moderar el exceso de transpiración artificialmente determinado por la temperatura del baño ó de la estufa? Sin embargo, el método de los rusos de sepultarse debajo de la nieve al salir de estufas muy calientes en casos de graves indisposiciones, demuestra que este cambio voluntario y súbito de una temperatura caliente á otra fría, lejos de serles dañoso, cúrales casi siempre de afecciones que sin duda dependen de la transpiración suprimida, puesto que primero la excitan en supremo grado, y luego la suspenden por medio de la nieve. Sólo el hábito y peculiar constitución puede poner estos pueblos á



cubierto de todo peligro: peligro que acaso para nosotros fuera más real si un continuo estudio y observación de las ocasiones en que tales medios podrían emplearse llegasen á animarnos á usar uno que tan eficaz reconocen los pueblos del Norte. Opinamos, así como todos los observadores, que la impunidad de una súbita mutación de temperatura debe depender de la impresión instantánea que el cuerpo recibe en el momento en que más desenvuelto se halla el calórico. En el caso de que algún facultativo quisiera hacer uso de este medio, aconsejámosle que atienda antes á la constitución del individuo, á su susceptibilidad, hábitos y sistema de vida, que considere sobre todo el estado de los órganos y de las vísceras, y que no confíe á la casualidad el resultado del experimento, cuyo objeto es el bien de la humanidad y progreso de la Medicina.

En cuanto al uso doméstico, la nieve se emplea solamente, así como el hielo, para refrescar las bebidas sin que añada cosa alguna á sus cualidades.

## BIBLIOGRAFIA

*La Vida Cristiana de San Francisco de Sales.* Documentos y ejemplos sacados de las obras y de la vida del Santo Doctor, por un misionero de San Francisco de Sales, traducidos por D. Vicente Ortí y Escolano

*La Vida Cristiana* es un precioso manual, no sólo de piedad, sino de todas las demás virtudes, que puede servir de guía constante á todas las almas, cualquiera que sea su estado y condición. El mérito de este libro consiste en haber reunido su autor, por orden de materias, los lugares más notables de las obras, cartas y sermones de San Francisco de Sales, formando con las palabras mismas del Santo un precioso tratado de las virtudes cristianas. Por vía de complemento, lleva un apéndice, también escrito por San Francisco de Sales, en que se contienen los ejercicios ordinarios de piedad, merced á los cuales puede servir este libro de excelente devocionario. Muy propio para regalos y adecuado premio de las casas y colegios religiosos.

Precio de cada ejemplar en rústica, una peseta cincuenta céntimos.

Se vende en las principales librerías, y en la Administración de *La Semana Católica*, Villanueva, 6, Madrid, adonde se dirigirán los pedidos.

*Agenda de Bufete, ó Libro de Memoria diario para el año de 1886, con noticias, Guía de Madrid y el calendario completo.*

Contiene: Reducción de las monedas francesas á las españolas y viceversa. — Reducción de cuartos á reales. — Reducción de cuartos á pesetas y céntimos de peseta. — Reducción de reales á pesetas y céntimos de peseta. — *Sistema decimal*: Cuadro de pesas y medidas: su mutua relación, su correspondencia y la etimología y formación de sus denominaciones y sus tablas de reducción. — Cambio entre España y Francia, y entre España é Inglaterra. — Modelo de recibos. — Modelo de Letra ó Pagaré. — Reducción de reales á maravedís. — Equivalencia de las monedas portuguesas á las españolas. — Reducción de monedas extranjeras á la par legal en pesetas y céntimos. — Indicador de los ferrocarriles. — Calendario completo para toda España. — El Diario en blanco. — Tarifas de Correos, Paquetes postales y Telégrafos. — Tarifas de Arbitrios y de Consumos. — Tarifas de Carruajes. — Tarifas de las Cédulas personales. — *Guía de Madrid*. — Familia Real. — Establecimientos públicos. — Edificios públicos. — Escuelas. — Institutos. — Agentes de cambio. — Agentes de negocios. — Arquitectos. — Banqueros. — Corredores. — Maestros de obras. — Notarios. — Procuradores. — Tribunales. — Teatros. — Tranvías y calles de Madrid.

Es el libro más útil de todos los publicados hasta el día y demasiado conocido para encarecer su necesidad absoluta para todos. Nos limitaremos por lo tanto á decir que se han hecho cuatro ediciones; sus precios son desde 1 peseta hasta 3, hallándose al alcance de todas las fortunas y necesidades.

Se hallará de venta en la librería editorial de D. Carlos Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, número 10, Madrid, y en todas las librerías del Reino.

## CONOCIMIENTOS ÚTILES

*La pesca del bacalao.* — Esta industria tiene gran importancia en algunos países, como Inglaterra, que ocupa en ella 30.000 marinos y 2.000 buques; Noruega 20.000 y 3.000 respectivamente; y Holanda,

que suministra al año unos dos millones de kilogramos de bacalao.

La pesca se efectúa con red ó con anzuelo. La primera se verifica á lo largo de las costas, empleando redes de forma rectangular, que tienen corchos en la parte superior para que flote la red, y plomos en la inferior para que se sostenga en posición vertical, formando á manera de valla ó pared. Las dos extremidades van unidas á los barcos pescadores, que con sus evoluciones procuran encerrar en un espacio los bacalaos, y recogiendo la red se obtiene la pesca, que en algunos casos es considerable. Los anzuelos pueden ser solos ó de mano, que cada pescador lleva uno, ó formar series de largas cuerdas, que contienen cada una un gran número de anzuelos. Para cebo suele usarse el arenque ú otra clase de pescados que sean preferidos por el bacalao, empleándose en Terranova unos pececillos llamados *capelanos*.

Luégo de pescados los bacalaos, se les descabeza y quitan las vísceras, se limpian y después de salados se dejan abiertos para que se vayan secando en tinglados. Cuanta más perfección se guarde en estas operaciones, mejor será la calidad de la conserva; de modo que conviene lavar bien los pescados, depurarlos de todas las impurezas, escurrirlos y dejarlos que se sequen al aire libre, aislados y sin estar expuestos á la acción directa del sol. Cuando estén perfectamente secos puede procederse á su enfarde y embale para entregarlos al comercio.

El sollo y el salmón se preparan en las pesquerías de Rusia de un modo análogo al referido; colocando los trozos de sollo entre sal y un poco de salitre, que da á la carne un color rojizo, y con pimienta, laurel, clavo y otras especias, y después de lavado se dejan secar; el salmón se conserva por simple desecación sin previa preparación.

*Medios de combatir la hemorragia por la nariz.* — Numerosos son los medios que se aconsejan para cohibir la hemorragia por la nariz; uno sencillo y bastante eficaz consiste en introducir en la nariz un pedazo de esponja fina, cortado de manera que pueda ser introducido con facilidad y embebido en un agua acidulada, que puede ser el zumo de limón ó agua avinagrada. Colocado el paciente sobre la cama en posición horizontal, se le cubre con una manta hasta el vientre, dejándolo así por todo el tiempo necesario. Con este procedimiento tan sencillo se cohiben las hemorragias más pertinaces.

*Le Good-Health* nos indica dos procedimientos para combatir esta afección tan común: 1.º, mantener el enfermo las dos manos elevadas á los lados de la cabeza. Esta posición origina una contracción de los vasos sanguíneos del brazo, que se hace sentir simultáneamente en la cavidad nasal. Un pañuelo húmedo y doblado varias veces, aplicado de cuando en cuando place bastante al enfermo; 2.º, administrar una ducha nasal de sal común, disolver una ó dos cucharadas de sal en agua é introducirlo en las narices por medio de una pequeña jeringa.

Tanto uno como otro medio, por lo regular produce buen resultado su empleo.

*Procedimiento para platear el vidrio y cristal.* — Tómese una disolución de 2 gramos y 5 decigramos de nitrato de plata cristalizado y blanco, disuélvanse en 32 gramos de agua destilada y en esta disolución añádase gota á gota amoníaco líquido, agitando el líquido con una varilla de vidrio hasta que se redissuelva la mayor parte del precipitado rojo formado; se filtra, y al líquido resultante se añade agua destilada en cantidad suficiente para completar el volumen de 50 centigramos.

Aparte se prepara como licor reductor una disolución de un gramo de tartrato sódico-potásico en 32 gramos de agua destilada. Este líquido se coloca en una cápsula, se le hace hervir y se añaden una ó dos gotas de la disolución de nitrato de plata en agua destilada, prolongando la ebullición por cinco ó seis minutos; se filtra y se añade agua destilada hasta completar 50 gramos de líquido.

Preparados así los líquidos indicados, se mezclan, se toma el cristal ó vidrio que se desea platear y se limpia con ácido nítrico, y en seguida se coloca la placa en un soporte, de modo que la superficie inferior solamente sea la que toque el líquido, teniendo un especial cuidado en que no queden burbujas de aire entre las dos superficies del líquido y del cristal, sin cuya precaución aparecerían manchas ó espacios sin platear.

La acción de la luz, ó mejor aun el caldeo ligero del baño metálico, facilitan mucho el depósito de la plata, que necesita generalmente de media á una hora para que resulte bien.

El líquido al principio se ennegrece y permanece así hasta el fin de la operación, en que se va acl-

rando más ó menos, según la cantidad de plata depositada.

Terminado el plateado, se levanta la placa de cristal con cuidado, se lava con agua destilada (la del Lozoya cuando está clara puede servir perfectamente) y se deja secar, barnizándolo en seguida por el lado plateado.

Si se han de hacer servir los cristales así plateados de este modo para espejos solamente, debe procurarse que el barniz sea elástico, y sobre todo, muy adherente, y que no se desconche ó descascare, porque en este caso el espejo se estropearía muy pronto.

*Influencia de la alimentación vegetal*, por C. Cacheux. — Hace mucho tiempo que se sabe que la clase de alimentación influye mucho en el carácter del hombre. Caín mató á su hermano Abel, y según se cree, no se alimentaba más que de carne. Los indios, á los que su religión prohíbe el uso de la carne, son de carácter dulce, servicial, hospitalarios y poco á propósito para la guerra, mientras que los salvajes que comen carnes, son crueles, feroces é indomables.

Bajo el punto de vista del trabajo mecánico producido, los grandes carnívoros, aunque más vigorosos que los herbívoros, son, sin embargo, menos útiles en el aprovechamiento de su fuerza. Los caballos que se alimentan de avena, sustancia excitante, producen más fuerza que los que se alimentan de heno, si bien viven menos tiempo.

El león, el tigre, etc., pasan la mayor parte de su vida echados, y no hacen uso de su energía más que cuando lo exigen las necesidades de la vida.

La ardilla, que se alimenta de semillas, está saltando continuamente, y su peso, multiplicado por el camino recorrido, produce un número considerable de kilogramos. El mono trabaja más que el hombre, si se tiene en cuenta sus movimientos.

Los animales que comen carne cruda, desde la chinche hasta el león, tienen un olor más ó menos pronunciado, que no tienen los animales que se alimentan de hierbas.

Las carnes que sirven de alimentación dan lugar á más enfermedades en quien las come, que los vegetales. Cuando no están bien cocidas engendran gusanos, y si están muy cocidas son indigestas.

Los obreros que comen carne son capaces de ejecutar trabajos que exigen gran fuerza, pero se sabe cuánto se abrevia su vida en la carrera industrial. Por fin, la alimentación animal reduce mucho la ración diaria, pero tiene los inconvenientes señalados y otros que ya se expondrán al tratar nuevamente de la clase de alimentación más sana y económica.

*Producción y consumo de tabaco.* — La producción general de tabaco se calcula en 190 millones de kilogramos en Asia, 140 millones en Europa, 124 millones en América, 12 millones en África, 500.000 kilogramos en Australia, lo cual da un total de kilogramos 466.500.000.

Los países en que el consumo tiene más importancia son Bélgica, Holanda, Alemania, Austria, Noruega, Dinamarca, Hungría y Rusia.

*La ingluvina.* — La ingluvina, introducida en la materia médica por Warner, farmacéutico americano, se prepara por MM. Souhall en Inglaterra. Es una pepsina que se extrae de las mollejas de las aves, y se asegura es más eficaz en la dispepsia que la pepsina extraída del estómago del carnero. El autor ha experimentado su utilidad en las dispepsias atónicas, á la dosis de 50 centigramos, tres veces por día, en polvo, administrado en pan inmediatamente después de cada comida.

## MISCELÁNEA

Los establecimientos de caridad no son útiles únicamente á los desgraciados que en ellos se cobijan, ora sean enfermos, ora huérfanos, ora pobres desvalidos; son útiles á todo el mundo, y tal vez más que á nadie á los ricos, que hallan en ellos ocasión favorable de ejercer la caridad, reconociendo con su liberalidad los beneficios que de Dios han recibido.

Decimos esto á propósito del hermoso rasgo de caridad y de piedad que ha tenido la Excm. señora Marquesa Viuda de la Torre, en beneficio de nuestro Asilo de Huérfanos. La vanidad mundana ha establecido la costumbre entre las familias aristocráticas, de tener cerrados sus palcos del Teatro Real durante la temporada de sus lutos. Pues bien; la ilustre marquesa, en quien compiten con los timbres de nobleza los de la virtud, haciéndose superior á las sugestiones del mundo y despreciando las va-



nas preocupaciones de un amor propio mal entendido, ha traspasado su palco al embajador de Francia y ha cedido el importe de la cesión al Asilo, en sufragio del alma de su difunto esposo.

El ejemplo de tan noble dama vale más ciertamente y ha de estimarlo más el Señor que la materialidad de la limosna, por útil que sea á los huérfanos. Muchos ejemplos como este, de cristiana entereza y caridad sincera, necesita nuestra sociedad, donde hacen terribles estragos la pusilanimidad de unos, la cobardía de otros y la indiferencia de casi todos.

Los Prelados que asistieron á las honras fúnebres de D. Alfonso XII consideraron primer deber elevar al Supremo Jefe de la Iglesia, nuestro amado Pontífice León XIII, un mensaje de incondicional adhesión á su Sagrada Persona y de profundo acatamiento á sus doctrinas.

Cumplido este sagrado deber, y habiendo conferenciado sobre algunos puntos relativos á su cargo pastoral, creyeron necesario y oportuno, formular y consignar las declaraciones siguientes, que cada uno de los concurrentes ha hecho publicar en el *Boletín Oficial Eclesiástico* de su Diócesis.

Dicen así:

« 1.<sup>a</sup> Poniendo sobre nuestras cabezas, y respetando, cual se merece, la precitada Encíclica, debemos declarar y declaramos, como asunto que es de actualidad, especialmente en varias de nuestras Diócesis, que si bien la política debe basarse sobre la Religión, y ser informada por ella, la Religión y la política son, sin embargo, cosas muy distintas y que jamás deben confundirse; y que, salva la unidad en la Fe y en los principios católicos, puede, con toda licitud, sostenerse controversia, como dice Nuestro Santísimo Padre,



VISTA GENERAL DE LA CIUDAD DE GRANADA.

» sobre la mejor clase de gobierno, sobre tal ó cual forma de constituir los Estados, y puede haber sobre ello una honesta diversidad de opiniones.

» 2.<sup>a</sup> Siendo la prensa en general, y los diarios católicos en particular, el medio más común y ordinario de que se sirven los hombres en los actuales tiempos, para discutir cuanto concierne, no sólo á la política, sino á la Religión, cúmplenos declarar y declaramos, que ningún periódico, revista, folleto ó publicación de cualquier género, sea cual fuere la autoridad que prestarles pueda el nombre de sus respectivos autores, tiene la misión de calificar, y menos de definir, si tal ó cual teoría ó opinión cabe ó no dentro de la doctrina católica, pues que semejante declaración corresponde, por derecho divino, á los que, como sucesores de los Apóstoles, han sido puestos por el Espíritu Santo para regir, en sus respectivas Diócesis, la Iglesia de Dios, bajo las limitaciones y reservas contenidas en el Derecho canónico.

» 3.<sup>a</sup> En su consecuencia, dejando á un lado las opiniones meramente políticas, y con el firme y decidido propósito de no inmiscuirnos directamente en las contiendas que ocasionan, declaramos asimismo que los periódicos, revistas ó folletos que quieran honrarse con el título de católicos, deben estar sujetos, entera y rendidamente, bajo el enunciado concepto, á la autoridad del Prelado diocesano. Por manera que si en algún caso, después de las advertencias oportunas, cualquiera de las indicadas publicaciones rechazare ó declinare la sujeción á su propio Obispo, dejará, por mero hecho, de ser considerada como publicación católica.

» 4.<sup>a</sup> Y para más declarar nuestro concepto y declarar á los publicistas católicos su honesta libertad de escribir con la amplitud que convenga á sus respectivos fines y propósitos (cuyo derecho en manera alguna intentamos cercenarles) debemos,

» por fin, declarar y declaramos, que es lícito á los dichos escritores, partiendo del criterio católico, defender y propagar sus doctrinas y opiniones, y combatir lealmente á sus adversarios, con tal de no perder la vista las reglas prescritas por la caridad cristiana, tan recomendadas por Su Santidad, y sin presumir tampoco que sus escritos, por el hecho de emanar de autor católico, tienen más autoridad que la que puedan prestarles las razones ó fundamentos en que se apoyen.»

Los Prelados que suscriben las anteriores declaraciones son: los Emms. señores Cardenales de Toledo, de Zaragoza y de Valencia; los Excelentísimos y Rdos. señores Arzobispos de Valladolid y de Granada; y los Rdos. señores Obispos de Jaca, Madrid, Orihuela, Cádiz, Córdoba, Málaga, Almería, Avila, Vitoria, Cuenca, Jaén, Barcelona, Sigüenza, Teruel, Zamora, Calahorra, Salamanca, Santander, Murcia, y Filipópolis, Administrador Apostólico de Ciudad-Rodrigo.

Ha fallecido á los 85 años el célebre historiador M. Gachard. Su memoria será grata para los españoles, á cuya historia dedicó siempre preferente atención. Entre otras publicaciones, se le deben *Las cartas de Felipe II á sus hijas* y la *Relación de los disturbios de Gante* en tiempo de Carlos V.

Fué un historiador muy imparcial, pues no obstante sus ideas avanzadas, hizo cumplida justicia al gran Felipe II, vindicando su memoria contra las calumnias de los libelistas.

Por la actividad que se observa en los trabajos de las obras en construcción de la línea férrea de Llerena á San Martín de Provensals, es de creer que aquella se inaugure á principios de año nuevo. La propia línea al partir de la estación de las

Franquesas en dirección á Barcelona, desarrolla una gran curva hasta la entrada del puente del Congost.

Los postes telegráficos con sus correspondientes aisladores llegan ya desde San Martín de Provensals á unos 300 ó 400 metros de las Franquesas, estando también muy adelantada la colocación de los hilos.

No está tan adelantado el ramal que se construye para unir la estación de aquella vía con la de la de Francia en Mollet, que ha de sustituir á la que sirve ahora para los trenes del ferrocarril de Caldas de Montbuy. Faltan allí unos metros de terraplén cerca del que ha de ser punto de unión.



Ha fallecido, casi repentinamente, el joven y virtuoso sacerdote, ornamento de la Orden dominicana y dignísimo Procurador general de los Padres dominicos de la provincia del Santísimo Rosario, de Filipinas, en esta Corte, M. R. P. Fray Alejandro Díaz de Sanalde, que habitaba en la residencia de la calle de la Pasión.

Dios habrá recogido su alma para premiar sus virtudes y dará á la Orden la resignación conveniente para sobrellevar con paciencia tan dolorosa pérdida.